



**Arquitectura,
urbanismo
y dependencia
neocolonial**

E. Pradilla · C. Jiménez

Ediciones Siap · Planteos

emilio pradilla c.
arquitecto

**Arquitectura, urbanismo
y dependencia neocolonial**

**Programa Editorial de la
Sociedad Interamericana de Planificación**

Comisión Editorial:

Jorge E. Hardoy, *Coordinador*, Germán Samper,
John Turner, Alejandro Rofman, Walter Stöhr.

Director Ejecutivo:

Martha S. de Kaplan.

Arquitectura, urbanismo y dependencia neocolonial

**Emilio Pradilla
Carlos Jiménez**

Ediciones Siap - Planteos

Índice

A manera de justificación	9
1. La crítica de la arquitectura y de su enseñanza: una crítica necesaria e inevitable	11
2. El diseño: una práctica técnica al servicio del capital	23
A. <i>La producción capitalista como producción de mercaderías y el proceso de valorización del capital</i>	25
B. <i>El diseño como práctica técnica encubierta bajo el disfraz de la ciencia y el "arte"</i>	30
C. <i>El diseño como práctica técnica —empírica— al servicio del capital</i>	45
3. La ideología "vulgar" de lo arquitectónico y lo urbano: un instrumento de dominación de clase	60
4. El papel de la escuela en la reproducción de los arquitectos y urbanistas	64
A. <i>La relación general entre escuela y sociedad en el capitalismo</i>	64
B. <i>La relación entre la escuela y el capitalismo en nuestra formación social</i>	69
C. <i>La relación general entre la ideología burguesa y la escuela</i>	74
D. <i>Las "teorías" ideológicas del diseño como parte de la ideología burguesa</i>	77
Postfacio	98

Diseño gráfico: Leopoldo Durañona

Impresión: Macagno, Landa y Cía., S. R. L.

Distribuidor exclusivo: Ediciones Nueva Visión S. A.,
Viamonte 494, Buenos Aires

Primera edición en español: Noviembre de 1973

Tirada: 3000 ejemplares

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Copyright de todas las ediciones en español por
Ediciones S.I.A.P., Echeverría 1366 (5º - 42),

Buenos Aires, Argentina

A manera de justificación

Este pequeño ensayo no pretende resolver un problema; busca simplemente plantearlo. Todos aquellos que realizamos nuestra actividad en el campo del diseño —arquitectura, urbanismo, planificación regional y urbana, etc.—, nos representamos diferentemente nuestra propia práctica: somos “científicos”, “artistas”, “técnicos neutros”, “agentes del desarrollo”, “instrumentos del cambio social”, etc., así nos lo enseñaron en la Escuela, todos nos lo repiten a diario, y nosotros, además de creerlo, difundimos y reproducimos esta autodefinición. Parecería como si estos calificativos tuvieran el milagroso poder de tranquilizar nuestra conciencia, al asignarnos un honroso papel en la sociedad “subdesarrollada”. Lo que acá pretendemos es desenmascarar estas mistificaciones, criticar esta *ideología del diseño* y demostrar que *nuestra práctica técnica es un instrumento al servicio del Capital en su tarea de explotación y dominación social.*

La realización de este trabajo fue motivada por el profundo proceso de crítica que se desarrolló en 1971 y 1972 en las Escuelas de Arquitectura de las Universidades colombianas, donde trabajábamos como investigadores y docentes. Ese material crítico nos sirvió de materia prima; como instrumento de trabajo escogimos el único capaz de dar cuenta de las motivaciones profundas de esa crítica y conducir al esclarecimiento del carácter objetivo de la práctica del diseño: *la teoría del materialismo histórico.* De la relación entre materia prima e instrumento de trabajo surgió una determi-

nación metodológica: la de perseguir nuestro objetivo mediante el estudio de la forma particular de inserción del diseño como práctica y de los diseñadores como sus agentes, en el interior de la estructura de estructuras que es la formación social dependiente neocolonial colombiana, articulada en torno a los diferentes niveles del modo de producción capitalista dominante en ella.

Dos hechos se desprenden de esta determinación: en primer lugar, que aunque se trata del análisis de un caso particular, la validez de esta caracterización general de la sociedad colombiana para otros países de América Latina puede otorgar a este ensayo cierta *generalidad*; en segundo lugar, puesto que la validez general de un planteamiento reposa sobre su verificación en *cada* caso particular, su interés no va más allá de pretender suscitar reflexiones similares atinentes a cada realidad concreta.

Por lo anterior, el pomposo título de este pequeño ensayo buscar marcar la exigencia metodológica presente en su elaboración y no definir su contenido real.

Puesto que sólo esbozamos un esquema de análisis, suministramos la bibliografía que, a nuestro juicio, puede servir a la doble tarea de desarrollarlo y simultánea y necesariamente, de criticarlo.

Dedicamos este trabajo a aquellos que lo hicieron posible: los estudiantes colombianos que llevaron a cabo la crítica radical de la "ideología del diseño" y de las Escuelas de Arquitectura que propician su reproducción.

Esperamos que les sea útil en la profundización y ampliación de esa crítica.

1. La crítica de la arquitectura y de su enseñanza: una crítica necesaria e inevitable

"El énfasis en el desarrollo urbano, concentrando recursos en la industria edificadora, tanto en viviendas como en servicios complementarios, es la primera estrategia que conducirá no sólo a la producción de bienes esenciales que urgentemente son requeridos por varios núcleos sociales, sino que generará gran cantidad de empleo adicional que de inmediato contribuirá al ensanche del mercado interno elevando el nivel de consumo y facilitando entonces, con su demanda, incrementos en la producción industrial y agrícola del país sin deterioro de los ingresos reales de los productores."¹

Esta frase, que sintetiza una de las cuatro estrategias básicas del nuevo plan de desarrollo presentado por el gobierno a la consideración del Congreso Nacional, presagia un período de bonanza de las actividades y, por tanto, de los profesionales de la construcción y del diseño arquitectónico y urbanístico en Colombia. Este anuncio de la "bonanza" de mañana, unido a la comprobación estadística del auge de la construcción y a la observación del panorama cambiante de nuestras grandes ciudades, embellecidas diariamente por la

1 Arenas, Roberto: Prólogo a *Las cuatro estrategias*, Plan general de desarrollo, Departamento Nacional de Planeación, Ediciones D.N.P., Bogotá, 1972, pág. XI.

construcción de enormes torres de ladrillo, aluminio y vidrio o de bellos barrios residenciales, nos harían pensar inevitablemente en una profesión segura de sí misma; en profesionales (arquitectos, urbanistas, etc.) atareados y satisfechos de la contribución que, armados de la “teoría del diseño arquitectónico”, están prestando y prestarán al desarrollo del país; y, finalmente, en estudiantes dedicados acuciosamente a beber en la fuente de la docencia universitaria el elixir de la teoría y la técnica que les permitirá ser “útiles a la patria” y, simultáneamente, labrarse un futuro de paz y prosperidad.

Por el contrario y por causa de no sabemos qué encantamiento malévolo o cuál idea engañosa e hipnotizadora, las cosas no ocurren como la “razón” nos lo hacía presumir: las Facultades de Arquitectura de nuestras universidades se ven permanentemente trastornadas por un proceso de crítica radical de los contenidos de la docencia, de los programas de enseñanza y de los sistemas de transmisión del conocimiento; los profesores, seleccionados entre lo más brillante y cotizado del ámbito profesional local, ya no encuentran respuestas válidas a las críticas estudiantiles en los vademecums de los padres de la arquitectura moderna; y la actividad profesional de arquitectos, constructores y urbanistas se debate en profundas contradicciones: rápida obsolescencia o relativa ineficacia de los planes de urbanismo, obras arquitectónicas inadecuadas para los fines que las justifican, stoks de viviendas invendibles o inarredables, mantenimiento de técnicas artesanales de construcción en la era de la prefabricación, desempleo profesional, etcétera.

¿Cómo explicarnos pues la diferencia entre lo que la “razón” o ciertas “evidencias” nos señalan como “lógico” y aquello que ocurre en la “realidad”?

Dos caminos se abren frente a nosotros:

—el camino de la ideología oficial, de aquella ideología vulgar que pretende explicar y condenar todo proceso de crítica sobre la base de la existencia de una “conjura”, de un supuesto “proceso de penetración de ideologías foráneas que buscan subvertir el orden social existente

y convertir a la universidad, al profesorado, a los grupos profesionales y al conjunto de la población en instrumentos de dicha subversión”; al tiempo que justifica todos los “problemas sociales” como “desajustes” inevitables en el proceso de desarrollo, pero cuya solución se dará en la medida que el “sacrificio de las masas laboriosas”, la “imaginación de los grupos políticos y empresariales” y la “ayuda de los países desarrollados” hagan posible el despegue y la aceleración del proceso de crecimiento económico y la *posterior* distribución del ingreso entre los grupos sociales menos favorecidos;

—el camino de la investigación científica que, a través de la crítica de la evidencia de los hechos sociales y de la ideología, nos conduce al esclarecimiento de la realidad que se oculta detrás de ellos, a la identificación de las contradicciones existentes en la sociedad y, por tanto, a la explicación objetiva de tales conflictos y críticas, como expresión de dichas contradicciones.

Para un investigador no existe alternativa; sólo el segundo camino es válido. Y para comenzar a recorrerlo, bien vale la pena detenernos un instante a fin de recuperar el importante debate que se desarrolló en 1971 y 1972 en las facultades de Arquitectura de las universidades del Valle, en Cali, y Nacional de Bogotá, proceso de crítica que no es otra cosa que la respuesta inevitable y necesaria dada por los estudiantes —futuros actores de la “comedia” arquitectónica, pero desligados aún de los compromisos que implica asumir su papel en ella y conscientes, al mismo tiempo, de lo escaso que son los puestos en el reparto— a la agudización de la “crisis” de la práctica social arquitectónica y urbanística y a la desarticulación de los programas de formación de alumnos-arquitectos, tanto internamente como en relación con las exigencias de la práctica profesional y con los requerimientos evidentes de la población colombiana.

Pecaríamos de idealistas si creyéramos que este proceso de crítica se genera en la clarividencia de algunos estudiantes que aisladamente y en el ámbito de su escuela logran reconocer la existencia de la “crisis”, y gracias a su personal

capacidad intelectual o de agitación, echan a andar y mantienen el cuestionamiento de la escuela. Este hecho es inexplicable al margen de los procesos sociales que se producen en este período en Colombia.

La Universidad Colombiana se ha visto convulsionada desde hace años por la insurgencia de corrientes teóricas que critican y se oponen al saber ideológico transmitido por ella y por la aparición de tendencias políticas que disputan allí la hegemonía a aquellas que representan los intereses de las clases dominantes y que la controlan por medio de los instrumentos del poder político del Estado.²

La Universidad inicia sus tareas en 1971, en medio de un panorama de conflictos sociales agudos: radicalización del movimiento campesino en lucha por la tierra, y generalización —a escala nacional— de las ocupaciones de grandes propiedades; movilizaciones obreras en demanda de mejores condiciones de vida y trabajo y en contra de la legislación laboral que coarta su derecho de organización y huelga, huelga nacional del magisterio para lograr el pago de salarios atrasados y en contra de la legislación educativa vigente; movimientos reivindicativos que adquieren carácter político en la medida que la única respuesta dada por el Estado es la represión.

La acción del movimiento universitario —estudiantil y profesional— y las reivindicaciones financieras y académicas que esgrime,³ se ven signadas por el carácter político que asume el conjunto de la movilización social a la cual se integra, y por la represión que sobre él se ejerce.

Obviamente, el nivel de politización que alcanza el movimiento estudiantil y el permanente debate que se da en torno

2 Véase *La crisis universitaria colombiana en 1971*, Ediciones El Tigre de Papel, Bogotá, 1972.

3 Véase "Programa mínimo de los estudiantes colombianos", en *Encuentro Nacional Universitario*, documento mimeografiado, 13 de marzo de 1971 y "Documento sobre la reforma de la educación superior y de la Universidad Nacional", *Asamblea de claustros de profesores de la Universidad Nacional*, documento mimeografiado, Bogotá, 26 de marzo de 1971.

al carácter de la sociedad colombiana, sus contradicciones particulares y la forma política de resolverlas, no afecta solamente a éste en su generalidad; afecta también a todas y a cada una de las áreas científicas o técnicas que componen el aparato universitario. Y la arquitectura no es una excepción: la práctica arquitectónica —y por tanto la docencia que la reproduce— encuentra su objetivo en la transformación de la naturaleza para dar respuesta a las necesidades sociales y por tanto remite en una u otra forma a su conocimiento. El proceso de crítica alcanza pues a la escuela de Arquitectura.

Partiendo de la concepción del arquitecto como un *diseñador-artista*, nuestras escuelas de arquitectura se estructuran sobre un eje central: el taller de diseño, que ocupa a la vez la mayor parte del tiempo dedicado al aprendizaje y lo fundamental de la actividad del estudiante. A su alrededor se añaden una serie de materias "complementarias" de formación, tales como las matemáticas, la construcción, el dibujo, el urbanismo, las humanidades, la historia del arte y de la arquitectura, etc., especie de crema que cubre y adorna la masa negra de la torta —*el diseño arquitectónico*—, y que permanece independiente y condicionada en su forma, extensión y profundidad por la masa central. En el taller, el profesor, arquitecto de amplio prestigio en el mercado profesional, selecciona un tema que puede surgir de su propia imaginación, de la gama de concursos arquitectónicos que se desarrollan en ese momento, o del repertorio de los supuestos problemas más importantes a los cuales se enfrenta diariamente el arquitecto: club social, colonia de vacaciones, la casa del arquitecto, hospitales, fábricas, la casa mínima, conjuntos de vivienda "económica", aeropuertos, terminales de ómnibus, el diseño de una ciudad "intermedia" o el de los servicios colectivos para una agrupación o área urbana. "Seleccionando" arbitrariamente el tema, los estudiantes inician la llamada "investigación", que consiste en la recopilación y graficación de un conjunto de datos que servirán para elaborar el "programa" —cuando él no ha sido dado— o para "localizar" el problema. Luego viene la etapa del diseño en la cual el aprendiz de arquitecto aprende del "maestro" el procedimiento inductivo-subjetivo del diseño, su repertorio

formal y su particular concepción estética. Y para concluir, se produce el enfrentamiento final de la visión subjetiva del alumno y del profesor, del cual surge un vencedor o un vencido; los profesores serán en él jueces cuyo conocimiento no está en juego.

La crítica surge naturalmente desde el primer momento: ¿por qué este tema y no otro? ¿Qué es lo que realmente necesita la sociedad que el arquitecto diseñe? ¿Para quiénes debe trabajar el arquitecto? ¿Cuál es su función social? Los estudiantes dan una respuesta que por evidente produce estupor: "sólo un análisis de la realidad social en la cual trabaja el arquitecto puede dar respuesta a estas preguntas". Incapaces de negar la evidencia, interesados en algunos casos, los profesores se ven arrastrados a un terreno que desconocen. Por su parte, los estudiantes, disponiendo de un limitado instrumental de análisis adquirido siempre fuera de la docencia (ya que ésta no incluye la formación teórica necesaria para el elemental conocimiento de la realidad económico-social en la cual se mueven), se enfrentan a la evidencia de la contradictoria estructura económico-social y política de nuestra sociedad. Y llevados por esa misma evidencia, y por el conocimiento que la crítica de la evidencia produce, critican radicalmente la sociedad, la práctica arquitectónica y el papel del diseñador como instrumento de una determinada estructura de clases, el papel ideológico y práctico de la universidad, el contenido de la docencia, las formas en que se imparte la enseñanza y el papel mismo del docente en este proceso. Surge entonces el conflicto entre el contenido radical de dicha crítica y la ideología arquitectónica —parte integrante de la ideología dominante—, conflicto cuya solución se busca en las normas y la represión académica: puesto que "estamos en una facultad de arquitectura, es necesario diseñar y calificar", por más que lo evidente o su conocimiento nieguen la validez del diseño.

Ante la compulsión ejercida por ese "argumento de peso" del reglamento académico y de sus propios intereses sociales, los estudiantes aceptan la utopía de considerar que es posible diseñar los objetos de una sociedad nueva, imprimirles el sello de la transformación al margen de las condiciones sociales mismas que lo determinan, que es posible

diseñar sobre la base de imaginar lo que *será* la sociedad después del cambio estructural *deseado*.

Se vuelve así al terreno tradicional del diseño —o de la ideología de los diseñadores—: la forma y la función neutros, el espacio arquitectónico como espacio vital del ser humano, etc., terreno en el cual, a despecho de las posiciones contradictorias surgidas del análisis de la sociedad, todo se iguala, se resuelve en la abstracción, en la ahistoricidad, en el mundo de los supuestos ideológicos o en la complicidad del subjetivismo funcional y formal.

Hasta aquí la descripción sintética de la experiencia vivida por los estudiantes y profesores de algunos talleres de la facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional en el año de 1971; de ella, el aspecto importante lo constituye el reconocimiento de las evidencias contradictorias de nuestra estructura económico-social y la caracterización del papel del arquitecto y de su práctica en el interior de esa estructura.

Reproduzcamos ahora el reconocimiento de esas evidencias.

Al pretender responder a las preguntas que surgen naturalmente cuando el diseñador o el estudiante se enfrentan a la localización del "problema de diseño", si escoge el camino del cuestionamiento de la estructura económico-social de la sociedad en la cual éste se localiza —único capaz de darle respuestas coherentes—, surgen ante su vista una serie de fenómenos, de hechos evidentes que, cuando menos, se le presentan como inexplicables y ponen en duda la validez de aquellos supuestos que el saber común y la academia le ofrecen como explicación. Una reflexión crítica sobre estas evidencias lo llevará necesariamente a encontrar contradictorio aquello que aparecía como "normal" y a localizar sus causas allí donde se le afirmaba que reposaba su "solución". La realidad le aparece entonces bajo la forma de múltiples relaciones y procesos contradictorios.

La primera evidencia contradictoria la constituye la existencia en las ciudades colombianas de una enorme masa de desempleados y subempleados formada, en su mayor parte, por campesinos inmigrados a ellas, y que subsisten en condiciones de vida verdaderamente infrahumanas. Un análisis,

así sea superficial, de este fenómeno nos lo mostrará como resultado de la expulsión masiva de campesinos de las áreas rurales, debido al desarrollo agrario capitalista que, en el caso colombiano, asume la forma de transformación del latifundio tradicional en gran explotación agrícola capitalista, o su conformación a partir de la concentración —“pacífica” o violenta— de la pequeña y mediana propiedad parcelaria. Ya en las ciudades, estos inmigrantes se suman a la fuerza de trabajo resultante del crecimiento vegetativo de la población urbana, para engrosar el “ejército de desempleados y subempleados” del sector improductivo, en la medida que el sector industrial es incapaz de ofrecerles empleo permanente; incapacidad que surge de la forma concreta asumida por el desarrollo industrial: control hegemónico del capital extranjero, estructura monopólica, alta intensidad de capital, baja utilización de la maquinaria y el equipo instalado y, por consiguiente, baja utilización de fuerza de trabajo. Estas formas de desarrollo industrial y agrícola, lejos de ser “etapas” en la “vía de desarrollo”, constituyen las formas propias del desarrollo capitalista en condiciones de dependencia neocolonial.

El proceso de urbanización asume, pues, un carácter contradictorio en Colombia y en todas las sociedades dependientes: las masas de población, expulsadas del campo por el desarrollo capitalista, no pueden ser absorbidas por el sector industrial urbano, sector que, a la vez que rige el desarrollo capitalista en su conjunto, determina también sus condiciones en el sector agrario, generando así la situación de miseria y desempleo de las grandes masas urbanas.⁴

4 Sobre el caso colombiano, véase *Asociación nacional de usuarios campesinos —ANUC—*, “La lucha de clases en el campo colombiano. Conclusiones de la IV Junta Directiva de ANUC sobre el problema agrario colombiano”, en *Ideología, Diseño y Sociedad*, nº 6, Bogotá, julio de 1972; Arrubla, Mario: *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, Ediciones El Tigre de Papel, Bogotá, 1972, en particular el capítulo I; D.A.N.E. - C.I.E., *Contribución al estudio del desempleo en Colombia*, D.A.N.E., Bogotá, 1972. Sobre el caso latinoamericano, Castells, Manuel (editor): *Impe-*

La segunda evidencia la constituye la concentración, en unos pocos centros urbanos, de la producción industrial, los empleos productivos, los ingresos, los servicios públicos y, por consiguiente, las condiciones para el mantenimiento de las formas de subsistencia del “ejército de desempleados y subempleados”. Como lo demuestra la realidad de todos los países capitalistas —“desarrollados” o no—, lejos de ser un “defecto” del “subdesarrollo”, este fenómeno es la expresión sobre el territorio (a nivel regional y urbano) de la ley del desarrollo desigual y combinado del capitalismo, que exige un proceso acumulativo de concentración del capital no solo en los individuos, sino también sobre el territorio, e impone una determinada forma de división geográfica del trabajo. En los países dependientes, el acelerado proceso de urbanización agrava los efectos de esta ley sobre las condiciones de vida de la población, en especial de aquellas que habita las regiones o centros urbanos que la división territorial del trabajo y la acumulación de capital convierten en exportadores internos de capital y materias primas.⁵

La mayor parte de la población colombiana, y por tanto de la población urbana, carece de una vivienda —propia o

rialismo y urbanización en América Latina, Gustavo Gili S.A., Barcelona 1973, en particular el artículo de Castells, “La urbanización dependiente en América Latina”.

5 Véase Castells, Manuel: *La question urbaine*, Máspero, París, 1973, en particular el primer capítulo, “*Le processus historique d'urbanization*”; Lojkine, Jean: “*Contribution à une théorie marxiste de l'Urbanisation capitaliste*”, en *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. LII, P.U.F., París 1972.

Con respecto al caso colombiano no existen estudios científicos. Sin embargo, pese a su carácter puramente ideológico, es interesante mirar la verificación empírica de este fenómeno en los modelos operacionales de tipo tecnocrático, tales como el “Modelo de regionalización”, en *Departamento Nacional de Planeación*, publicado en ASCOFAME; Cardona, Ramiro (editor): *Migración y desarrollo urbano*, Bogotá, 1970 y C.I.D., *Universidad Nacional de Colombia*, “Plan de desarrollo urbano de Manizales”, vols. I y IV, versión mimeografiada, Bogotá, 1970.

alquilada— dotada de las condiciones mínimas de habitabilidad; en hiriente contraste con el despilfarro y el lujo de la vivienda y su entorno en los barrios donde habitan la burguesía, los terratenientes rurales y urbanos, la pequeña burguesía y la alta burocracia estatal. Esta evidencia, denominada comúnmente “el problema de la vivienda”, es una de las formas en que “aparece” el bloqueo estructural del desarrollo capitalista neocolonial que, como veíamos antes, determina la existencia de un enorme “ejército de desempleados y subempleados” imposibilitado de acceder al mercado “normal” de la vivienda, y basa el proceso de acumulación de capital en la sobreexplotación de la clase obrera. En última instancia, se trata acá de la particular agudización de las condiciones de explotación del trabajo asalariado, vigente en todas las sociedades capitalistas, que se refleja en el consumo de vivienda a través de la desigual distribución de los ingresos. Muestra elocuente de esta realidad son las infrahumanas condiciones de vida imperantes en los “tugurios”, los “barrios obreros” y los “inquilinos”, donde habita la mayoría de la población colombiana y latinoamericana.⁶

Evidente es también la segregación del habitat de las diferentes clases sociales, que da a nuestras ciudades la apariencia de un enorme tablero de ajedrez en el que los grupos sociales —diferenciados según sus ingresos— llevan a cabo un juego de posiciones tendiente a la apropiación jerarquizada de las áreas urbanas según su valor comercial y su relación funcional con los elementos dominantes de la estructura urbana. Mediatizada por la capacidad de consumo derivada de los ingresos, esta cuarta evidencia es la expresión sobre el territorio de la contradicción existente entre el carácter social, colectivo, de la producción de la ciudad, y su apropiación privada por una minoría, sustentada por el

6 Sobre el “problema de la vivienda” en general, véase Engels, Federico: *Contribución al problema de la vivienda*, ediciones en lenguas extranjeras, Moscú; Castells, Manuel: *La question urbaine*, ob. cit., capítulo III, sección 2, apartado 1, “*La question du logement*” y Topalov, Christian: “*La promotion immobiliere*”, en *La Pensée*, nº 116, diciembre de 1972, París.

carácter jurídico de la propiedad del suelo y la apropiación real de todos los valores de uso urbanos que ella permite a sus detentadores.⁷

Finalmente, la quinta evidencia la constituye el triple papel jugado por el Estado en los países dependientes neocoloniales. De una parte, su papel de instrumento de la segregación urbana cumplido por medio de los planes de urbanismo que la institucionalizan y profundizan, la “renovación urbana” que sirve de medio de expulsión de la clase obrera y de los grupos de bajos ingresos que ocupan las áreas urbanas centrales y de su reconquista por el capital y los grupos de altos ingresos, y la construcción de “vivienda de interés social” que traslada —segregándola— a la masa de sus “beneficiarios” hacia la periferia de las ciudades; de otra, su función de instrumento de apoyo de la reproducción del capital monopólico invertido en la construcción y la adecuación de terrenos cumplida a través de las “políticas urbanas” estatales —planes generales de desarrollo, planes de urbanismo y reformas urbanas—, que adecuan la estructura urbana a este proceso, ordenan la creación de las “condiciones generales” para la reproducción del capital y la fuerza de trabajo, brindan al capital invertido en la construcción los recursos financieros necesarios y facilitan la sobreexplotación de la clase obrera y la integración a esta del “ejército de desempleados”; finalmente, la utilización del conjunto de sus intervenciones sobre la estructura y la forma urbana

7 Véase Lefebvre, Henri: *El derecho a la ciudad*, Ediciones Península, Barcelona, 1969; Castells, Manuel: “*La question urbaine*”, ob. cit., capítulo III, sección 2, apartado 1, “*La segregation urbaine*”. Sobre el caso colombiano, C.I.D. - U.N.C., ob. cit., volumen II y los planos de *Estratificación urbana del ingreso*, para Bogotá y Medellín, publicados en D.A.N.E., *Informe al Congreso 1970*, Ed. D.A.N.E., Bogotá, 1970, como información actual y el interesante análisis del caso de Cali contenido en la Monografía para optar al título de arquitecto presentada en la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Valle por Hadad, Zorayda y Arciniegas, Lisbeth: *La estructura de Cali en la formación social colombiana*, versión mimeografiada, Cali, 1972.

como instrumentos de la dominación ideológica del bloque burgués-terrateniente en el poder. Se expresa así la función de garante de la cohesión de la formación social y de las condiciones de reproducción de las relaciones de producción, asignada al Estado en las formaciones sociales con dominio del capitalismo.⁸

Estas evidencias y las contradicciones que se traslucen tras ellas —enumeradas en una forma mucho más esquemática de la que el estado actual de la investigación permite y su cabal comprensión requiere, pero exigida por la “economía” de la publicación—, aparecen ante todo investigador, docente o estudiante capaz de entreabrir el espeso velo de la ideología oficial que nubla sus ojos. Puesto que en ellas está implicada, de una forma u otra, la práctica social de arquitectos y urbanistas, fueron el centro del debate exigido e impuesto por los estudiantes-arquitectos en la “crisis universitaria” antes descrita.

Sin embargo, esta comprobación no nos ha resuelto el cúmulo de preguntas que se formulaban los estudiantes; y nosotros con ellos, acerca del carácter del diseño, de su inserción en los diferentes niveles estructurales de la formación social, su relación con las clases sociales y con sus prácticas y, por tanto, con la lucha de clases.

2. El diseño: una práctica técnica al servicio del capital

Cuando hablamos de Colombia como una formación social capitalista dependiente neocolonial, queremos decir que en el conjunto complejo y estructurado de elementos económicos, jurídico-políticos e ideológicos que componen nuestra sociedad en la etapa histórica actual, los elementos específicos del *modo de producción capitalista* son dominantes; que en torno a ellos se estructuran todos los fragmentos de modos de producción precapitalistas persistentes en ella; y que, en última instancia, esta articulación está determinada por el sistema de relaciones sociales de producción-fuerzas productivas capitalistas dominantes en la producción agrícola e industrial colombiana. Queremos decir también que la forma particular de determinación de la estructura económica sobre las demás instancias del modo de producción capitalista, y la articulación de los fragmentos precapitalistas al modo de producción dominante, están determinadas a su vez por la particular forma de inserción de nuestro país en el sistema capitalista mundial en su fase imperialista y, en particular, por su articulación con la potencia imperialista hegemónica a nivel mundial: los Estados Unidos de Norteamérica, forma que denominamos *dependencia neocolonial*.

Esta relación de dependencia económica, político-militar e ideológica, adoptada por la burguesía colombiana y su Estado con respecto al capital y la burguesía imperialista, se anuda a partir de la concentración de la producción in-

8 Sobre el papel general del Estado en la sociedad capitalista, véase Poulantzas, Nicos: *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Siglo XXI, España, 1972. Sobre las “políticas urbanas” del Estado capitalista, Lojkine, Jean, ob. cit.; Castells, Manuel: *La question urbaine*, ob. cit., capítulo IV; Castells, Manuel: *Problemas de investigación en sociología urbana*, capítulo 5, Siglo XXI, España, 1971, y Coterau, Alain: “*Les debuts de la planification urbaine dans l’agglomeration parisienne*”, en *Sociologie du Travail*, nº 4, París 1970. Sobre el caso colombiano, Pradilla, Emilio: “La política urbana de la burguesía neocolonial colombiana”, en Castells, Manuel (editor): *Estructura urbana y estructura de clases en América Latina*, Ediciones SIAP (en preparación).

dustrial en el sector de bienes de consumo —perecederos y semidurables— resultante del proceso histórico de industrialización por sustitución de importaciones y a partir de la inexistencia de un sector productor de medios de producción (maquinaria, equipo y materias primas industriales), lo cual determina la localización de Colombia en la división internacional-imperialista del trabajo como país importador de medios de producción y de la tecnología a ellos incorporada, para lo cual debe producir y exportar materias primas agrícolas. Como el sector agro-exportador, condicionado por los límites del mercado mundial, no puede suministrar las divisas necesarias para el mantenimiento del proceso de reproducción del capital —incluidas las “condiciones generales de la producción”, tales como la infraestructura vial, eléctrica, etc., y los medios de consumo colectivo necesarios para la reproducción de la fuerza de trabajo—, la burguesía en su conjunto y el Estado deben recurrir permanentemente y acumulativamente a la inversión directa y al crédito financiero extranjeros para asegurarlo. Así, el país, como eslabón del proceso de acumulación de capital a escala mundial, se convierte en exportador de capital bajo la doble forma de transferencia de *valor* a través de las relaciones de intercambio desigual, y de exportación directa de ganancias industriales y comerciales, intereses del crédito y pago de la tecnología.

Sobreexplotación de la clase obrera por el capital extranjero que domina hegemónicamente la producción industrial, doble control del proceso de desarrollo a través del suministro de medios de producción y de los recursos financieros para su adquisición, apropiación por parte de la burguesía imperialista de una parte considerable de la producción social, articulación estrecha de los intereses de la burguesía colombiana con aquellos de la burguesía imperialista, articulación consiguiente del Estado colombiano al Estado “imperial” y, a través de los aparatos ideológicos del Estado, dominación de las formas ideológicas burguesas-imperialistas, son, en síntesis, las características de la dependencia neocolonial.⁹

⁹ Sobre los conceptos teóricos modo de producción y formación social y sobre las formas de articulación de las diferentes instan-

Esta compleja relación de determinación remite al punto de partida de nuestro análisis sobre la práctica del diseño, a su inserción en las diferentes instancias del modo de producción capitalista dominante y, en particular, en su instancia económica.

A. *La producción capitalista cómo producción de mercancías y el proceso de valorización del capital*

El proceso de producción capitalista es, en primera instancia, un proceso de producción de mercancías. Los productos, resultado de los procesos de trabajo, no se producen para ser consumidos por el productor mismo, se producen para ser cambiados en el mercado. Aunque son *valores de uso* —es decir, que satisfacen necesidades individuales o so-

cias del modo de producción capitalista, véase Harnecker, Marta: *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, México; Poulantzas, Nicos: ob. cit.; Althusser, Luis: *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México y España. Sobre la estructura económica del modo de producción capitalista además del texto de Marta Harnecker, véase Kautsky, Karl: *La cuestión agraria*, Ruedo Ibérico, París, 1970; Kautsky, Karl: *El pensamiento económico de Carlos Marx*, La Oveja Negra, Medellín, 1972 y, evidentemente, las obras de Karl Marx: *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México; *La introducción general a la crítica de la economía política - 1857*, Ediciones Pasado y Presente, Córdoba, Argentina, 1969 y los dos textos de divulgación destinados a los obreros, *Trabajo asalariado y capital* y *Salario, precio y ganancia* de los cuales existen múltiples ediciones.

Dentro de la extensa bibliografía existente sobre el imperialismo y la dependencia en general, véase Lenin, V. I.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, ediciones en lenguas extranjeras, Moscú; Baran, Paul y Swezy, Paul: *El capitalismo monopolista*, Siglo XXI, México, 1969; Magdoff, Henry: *La era del imperialismo*, Nuestro Tiempo, México, 1969; Amin, Samir: *L'accumulation a l'échelle mondiale*, Editions Anthropos, París (versión española Siglo XXI, España) y las recopilaciones de artículos *Economía*

ciales, ya que de lo contrario no se producirían—, lo son sólo para personas diferentes al mismo productor; para éste son fundamentalmente *valores de cambio*, objetos para ser cambiados. Sin embargo, la producción de mercancías no es exclusiva de la producción capitalista actual; ella se da también en la producción artesanal individual en los burgos feudales, especie de prehistoria del modo de producción capitalista; por tanto, no es esto lo que diferencia la producción capitalista de todas las demás formas históricas.

“El proceso de producción capitalista no es meramente producción de mercancías. Es un proceso que absorbe trabajo impago, que torna a los medios de producción en medios para succionar trabajo impago.”¹⁰

Es un proceso de producción de *plusvalía* en el que se enfrentan el capital y el trabajo asalariado; el capitalista, propietario de los medios de producción (instrumentos de trabajo, fábricas, materias primas, etc.), productos del trabajo pasado acumulado (capital constante), posee además el capital-dinero para comprar la *fuerza de trabajo* (capital variable), particular mercancía que tiene la doble propiedad

política del imperialismo y El imperialismo hoy, Editorial Periferia, Buenos Aires.

Sobre el caso latinoamericano, Dos Santos, Theotonio, *Socialismo o Facismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1972; Marini, Ruy Mauro: *Dialéctica de la dependencia*, y Vasquez, Edgar: “Bosquejo para un análisis económico y político del imperialismo”, artículos publicados en *Ideología y Sociedad*, nº 7, Bogotá, octubre-diciembre, 1972.

Sobre el caso colombiano, Arrubla, Mario: ob. cit.; D.A.N.E. - C.I.E.: ob. cit.; ANUC, art. cit. y el debate acerca de las diferentes caracterizaciones de la formación social colombiana contenido en Valverde, Umberto (editor): *Colombia, tres vías a la revolución*, Círculo Rojo, Bogotá, 1973.

¹⁰ Marx, Karl: *El Capital - Capítulo inédito*, Editorial Combate, Bogotá, 1972, pág. 101.

de *transmitir* al producto el *valor* contenido en las materias primas y los medios de trabajo y de *crear nuevo valor*, de crear un valor mayor que el que ella misma posee,¹¹ *plusvalor* del que se apropia el capitalista. Esta apropiación es el objeto de la existencia del capitalista y de la producción que él hace posible con la inversión de su capital.

El obrero, desposeído de los medios de producción, solo dispone de su fuerza de trabajo para obtener su subsistencia y la de su familia. La única “libertad” de que dispone es la de vender su fuerza de trabajo en el mercado, es decir, la de ser explotado; de la posibilidad de ser explotado depende pues su propia subsistencia. El capital no existe sin el trabajo asalariado, ni éste sin el primero; de allí su *unidad*. La condición de existencia y reproducción del capital es el mantenimiento de la explotación del trabajo asalariado; la de éste, el ser explotado por el capital: de allí su carácter *contradictorio*.

La producción capitalista es pues producción de mercancías, de valores de cambio, y proceso de creación de plusvalía, de valorización del capital, y su existencia social está determinada por la unidad contradictoria capital-trabajo asalariado.

Pero no basta *crear nuevos valores*, no basta que el capitalista se apropie del trabajo impago al obrero, de la plusvalía; es necesario que ella se *realice*. Si el valor de uso de las mercancías se realiza en el *consumo*, principio y término

¹¹ El *valor de la fuerza de trabajo* se determina por el valor de los artículos de primera necesidad (medios de vida) necesarios para producirla (alimentos, vestido, alojamiento, medicinas, etc.), mejorarla (educación, etc.) y reproducirla (mantener y educar a su familia). El cambio al cambiar el valor de éstos, es decir, al aumentar o disminuir el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. La cantidad y calidad de estos medios de vida varía históricamente en cada sociedad. El salario pagado al obrero por el capitalista corresponde al precio en dinero del valor de la fuerza de trabajo y oscila, como para todas las mercancías, en torno a éste, dentro de los límites fijados por las leyes de funcionamiento de la economía capitalista.

de la producción, el *cambio* de las mercancías es la condición de la realización de su valor, y por tanto, de la plusvalía en él contenida. Sólo en el intercambio se realiza, toma cuerpo en el dinero, el valor de las mercancías y con él la plusvalía. Pero en ese proceso de intercambio interviene otra fracción del capital —el capital comercial— que sin participar en el proceso de producción de la plusvalía, es indispensable para su realización. Esta fracción comercial de la burguesía adquiere así derechos sobre ella. También los adquiere el capital financiero y bancario que, además de jugar un papel en el cambio al sustentar y facilitar la circulación monetaria, cumple el papel de “arsenal”, en el cual va a buscar la burguesía industrial y agraria el capital que necesita en préstamo para la compra de su maquinaria y equipo o el pago de sus obreros; también recurre a él la burguesía comercial para la financiación de su actividad y aún el consumidor para el crédito que hará posible la compra de su vivienda y otros bienes de consumo. Finalmente, el monopolio que ejercen sobre la tierra los terratenientes rurales y urbanos, tierra necesaria para la producción agrícola o para la instalación de la industria urbana y que los terratenientes alquilan al capitalista, les confiere asimismo un derecho a participar en el botín del capital: la plusvalía. Todas estas fracciones del capital, como así también los terratenientes, hacen valer sus derechos apropiándose de una parte de la masa global de plusvalía generada en el proceso de producción, ya sea bajo la forma de ganancia industrial o comercial, interés financiero y bancario o de renta del suelo. Sólo en el *proceso de distribución* de la plusvalía logra el capitalista tener en sus manos la parte de ésta que le corresponde como remuneración de la explotación del obrero hecha posible por la inversión de su capital.

“El motor del sistema de libre-empresa es la ganancia”, nos dicen los economistas, los “hombres de negocios” y los políticos. El análisis científico nos demuestra que el motor de la economía burguesa es la creación de plusvalía (trabajo impago) y su apropiación por el capitalista. Es decir, la explotación del obrero por el propietario del capital.

Es bien sabido que toda especie animal que no se reproduce se estanca y extingue luego lentamente. Al capital le

ocurre lo mismo; no le basta con apropiarse de la plusvalía le es necesario acumularla bajo la forma de capital, reproducirse. Y como el proceso de producción capitalista es un proceso de explotación y, por tanto, un proceso contradictorio que genera conflictos entre el capitalista y los obreros cuando estos toman conciencia de su situación de explotados, es necesario crear las condiciones que permitan la subsistencia y reproducción de estas relaciones de producción y explotación. Este papel se le asigna a la *superestructura jurídico-política* que, colocándose aparentemente por encima de toda la sociedad, es en realidad un instrumento de la dominación del capital: la *ley* que consagra el “eterno y divino” derecho de la propiedad privada¹² y el conjunto de normas que, en todos los planos de la vida social, aseguran y defienden su existencia, al tiempo que “regulan” la dominación económica, jurídica y política de la burguesía sobre el proletariado; y el *Estado burgués* en sus diferentes formas (democracia parlamentaria republicana o monárquica, monarquía absoluta, dictadura militar, etc.) que, como factor de cohesión de la sociedad, “hace” la ley, la utiliza como instrumento de su función de administrador general de la nación en nombre del Capital y castiga los infractores de ella con la valiosa colaboración de los aparatos represivos (F.F.A.A., policía, cuerpos de inteligencia, etc.). Este es también el papel de la *ideología* que, a manera de espesa nube, ciega la mente de los hombres haciéndoles creer que su interés, el interés colectivo, es aquel del capital; que sus leyes son naturales e inmutables y que el capitalismo con sus pompas y sus vicios es el eterno y único sistema económico-social posible y permisible. Así, el capital ata a todos los individuos y a la sociedad entera a sus intereses, tal como los bueyes se hallan atados al arado.

¹² El carácter *eterno y divino* de la propiedad privada sucumbió hace tiempo a los embates de la evidencia histórica, la cual nos demostró que ésta no es sino una entre las muchas formas de propiedad posibles e históricamente verificadas. La historia reciente nos demuestra también que no es la última ni la más evolucionada. Véase Engels, Federico: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, obra de la cual existen múltiples ediciones.

Los individuos, agentes-soporte de estas estructuras, distribuidos por ellas en clases sociales antagónicas, llevan a cabo sus prácticas sociales (económicas, políticas, ideológicas) en los límites que esas determinaciones estructurales les fijan y que son independientes de su propia voluntad. Aunque toda práctica individual lleva un sello de clase, solo una acción política de la *clase*, consecuente con su inserción objetiva en el todo estructurado que es la sociedad, es susceptible de transformarla.¹³

B. *El diseño como práctica técnica encubierta bajo el disfraz de la ciencia y el "arte"*

En el conjunto de las prácticas sociales que realizan los individuos en el seno de la sociedad capitalista y, por tanto, de nuestra sociedad dependiente neocolonial, se evidencia la existencia de una práctica con caracteres propios: la práctica del diseño. Ella se nos presenta como la actividad cuyo objetivo es la prefiguración, a nivel del pensamiento, de objetos útiles al hombre —utilidad que no se restringe a cubrir las necesidades biológicas, sino que engloba las respuestas a necesidades determinadas socialmente, sean ellas derivadas de la subsistencia, de la producción material, del intercambio de productos o individuos, de la superestructura social o de la simple imaginación individual—, y la programación y control de su ejecución o producción. Aunque esta práctica, así representada, engloba una serie enorme de variantes, que van desde el diseño de objetos y máquinas (diseño industrial), hasta el diseño de conjuntos complejos dedicados a "contener" infinitas prácticas sociales (diseño del entorno urbano y regional), nuestro análisis se referirá fundamentalmente a aquellas que se han dado en denominar diseño arquitectónico y urbano (este último en su acepción más amplia, o diseño del entorno), sin perjuicio de que ciertas generalizaciones sean válidas para otros niveles del diseño.

¹³ Poulantzas, Nicos, ob. cit., pág. 22 y sigs.

Por motivos que comprenderemos fácilmente más tarde, excluimos de entrada todas aquellas actividades que, como la pintura, la escultura, la fotografía y, aun el diseño gráfico, pertenecen al mundo de la producción de imágenes.

La primera barrera que se opone a la comprensión del carácter objetivo de las prácticas del diseño es la mistificación de que ha sido objeto por el saber común, o por ciertas sedicentes "teorías" que lo presentan como "arte", como "ciencia", como "técnica neutra al servicio de la sociedad", o en un alarde de eclecticismo, como la "compleja combinación" de todas o algunas de estas caracterizaciones.

Nuestro primer objetivo es, si no destruir, socavar estas barreras.

La "ciencia del diseño"

Son numerosos los que han pretendido darle al diseño carácter de *ciencia*, mucho más numerosos que los que han ensayado, vanamente, elaborar su discurso. Aunque la referencia concreta al diseño varía en estas formulaciones, todas lo incluyen:

—El pragmatismo "planificador y desarrollista" ha pretendido elevar a ciencia la "planificación".

"La planificación como ciencia teórica ha evolucionado con el correr de los tiempos. Ya se ha superado la época en que la planificación tenía apellido, es decir, física, económica, educativa, etc., al definirla como la ciencia que se apoya en la teoría de la cibernética para diseñar y manejar las relaciones entre las variables físicas, políticas, económicas, sociales, educativas, transporte, comercio, etc."¹⁴

Fuertemente condicionadas por la ideología "desarrollista" difundida por la asistencia técnica internacional para el "desarrollo" y los gobiernos de los países atrasados,

¹⁴ Universidad del Valle, división de Estudios de la Facultad de Arquitectura: *Programa de la unidad de estudios de planeamiento regional y urbano —UDEPRU—*, documento mimeografiado, Cali, 1972, pág. 8.

estas formulaciones empiristas y eclécticas, especie de sumatoria de disciplinas, han tenido amplia acogida en el ámbito tecnocrático y académico latinoamericano.

—Más elaboradas, coherentes y delimitadas que la anterior, son aquellas versiones que asignan al diseño la función de actividad-ciencia globalizante y totalizadora (diseño del entorno). Por medio de la “integración” del análisis ecológico, la problemática económico-social que incide sobre los asentamientos humanos, el diseño y la racionalidad programadora y ejecutora instrumentalizada por la cibernética, pretende colaborar con el “cambio social a través de cambios en los soportes materiales de la vida social”.¹⁵

—Ciertas *utopías* que, pretendiéndose marxistas y ansiosas por encontrar salidas revolucionarias, tratan de construir el objeto de una nueva ciencia: la *producción del espacio urbano total*, partiendo de la evidencia empírica del acelerado proceso de urbanización que viven todas las sociedades capitalistas en el momento actual. En ellas, el diseño cumple una función bastante relevante de prospección, cuando no de construcción de la sociedad urbana postrevolucionaria.

Los dos primeros tipos de caracterización se mueven en un doble error: la incompreensión de las condiciones que definen el carácter científico de una práctica social, y la elección de un objeto ideológico como objeto del conocimiento de esa pretendida ciencia.

Precisemos: toda ciencia se caracteriza por tener un objeto propio, una teoría y un método. En primer lugar, toda ciencia tiene un objeto propio entendido como *objeto del conoci-*

15 Véanse los artículos de Konstantinos Doxiadis, “Ciencia de la Ekística”, en la Revista *Ekistics*, Atenas, Grecia. En la misma dirección apuntan los trabajos de Christopher Alexander, en especial, “La ciudad como mecanismo de sostén para los contactos humanos” y “La ciudad no es un árbol”, publicados en *Cuadernos Summa*, Nueva Visión, n° 9, Buenos Aires.

miento y no como simple *objeto real*.¹⁶ Es decir, un objeto cuya existencia compleja y cuyo movimiento real pueden ser aprehendidos a través de un proceso de investigación y explicados en su generalidad por medio de un cuerpo de conceptos generales (abstractos-formales) y leyes que den cuenta de sus elementos constitutivos, de las relaciones que se establecen entre ellos y del movimiento de unos y otras. De la aplicación de este cuerpo de conceptos abstracto-formales y leyes generales que constituyen la teoría general del objeto al conocimiento de una realidad concreta o de una región particular de esa realidad (segunda fase del proceso del conocimiento científico), surge una teoría concreta. Esta aplicación creadora de la teoría general se lleva a cabo por medio de un método de investigación que se elabora en correspondencia con la teoría y que le es propio.¹⁷ En tal sentido,

16 Objeto real es aquél que existe independientemente del pensamiento, en el mundo de los fenómenos, en el mundo real. El objeto de conocimiento es una categoría, y como tal abstracta, perteneciente al dominio de lo pensado. Más no se trata de una categoría cualquiera, sino de aquella fundada en su originalidad por un discurso sistemático de carácter científico, el cual da cuenta de las múltiples determinaciones del objeto y cuya garantía de especificidad es justamente la especificidad del objeto. Es por este movimiento del pensar, el cual elabora las múltiples determinaciones del objeto del conocimiento, que el pensamiento se apropia de lo real por la vía del conocimiento. A manera de ilustración, podemos traer a cuento el psicoanálisis, cuyo objeto propio en tanto disciplina científica es el inconsciente y no precisamente las “enfermedades mentales”, que son otros tantos objetos reales. Es precisamente el conocimiento de la estructura del inconsciente el que permite el conocimiento de las “enfermedades” de los sujetos humanos.

17 Véase Marx, Karl: *Introducción general a la crítica de la economía política*, Ediciones Pasado y Presente, Córdoba, Argentina, 1969; Mao Tse-Tung: *Acerca de la contradicción y Acerca de la práctica*, textos de los cuales existen múltiples ediciones; Althusser, Louis: “Discurso del método de la filosofía marxista” y “Proceso de la práctica teórica”, en *Varios*, “Teoría marxista del método”, Edicio-

podemos hablar de las *ciencias* naturales (y dentro de ellas de sus diferentes vertientes: la biología, la química, etc.), las *ciencias* sociales, el psicoanálisis, etcétera.

El objetivo de la ciencia es pues el conocimiento. Por el contrario, el diseño forma parte de una actividad cuyo objeto inmediato es la transformación de la naturaleza con destino a la producción de espacios para la subsistencia del hombre y la sociedad. Su objetivo es pues la producción de objetos útiles. En el desarrollo de su actividad, el diseñador se enfrenta a hechos o fenómenos (objetos) tales como el sitio geográfico y los recursos existentes en él, a la disponibilidad de instrumentos de trabajo (máquinas y equipo), a los materiales existentes y a sus características, al nivel de calificación de la fuerza de trabajo, a las necesidades naturales y creadas del hombre y la sociedad, a las ideas que éste y ésta tienen del medio y del habitar, etc., procesos o fenómenos que trata de cuantificar y relacionar, con el propósito de proyectar su transformación en un sentido dado. Es decir que el diseñador se enfrenta a fenómenos, a objetos de diferentes ciencias particulares tales como las ciencias naturales, sociales o puras; y para ello en el mejor de los casos, toma prestados los conceptos y las leyes que conforman el cuerpo teórico de dichas ciencias y el método de investigación que les es propio. O simplemente, parte del conocimiento que ellas han elaborado (y más frecuentemente en nuestras sociedades, del saber común o de las ideologías teóricas sistematizadas), y elabora modelos operacionales (diseños, proyectos, planes, etc.), cuya validez estará determinada por su correspondencia con el *reconocimiento* del problema planteado, llevado a cabo por el agente de la demanda, sea este una familia, una empresa, la municipalidad o el Estado; problemas y necesidades cuyo reconocimiento está determinado socialmente, por medio de valoraciones económicas, políticas o ideológicas, y *no por una exigencia científica cualquiera*.

Por tanto, la validez de estos modelos —simple prefiguración de formas concretas—, se encuentra fuera del diseño:

nes Tiempo Crítico, Medellín, Colombia, 1971; Poulantzas, Nicos, ob. cit., Introducción.

en las leyes que rigen la producción de los objetos en una sociedad históricamente dada y en la relación de adecuación de los conocimientos científicos y técnicos utilizados —medios—, con los fines que la sociedad le asigna. Ni los instrumentos utilizados, ni el producto de la actividad del diseño pertenecen al ámbito de la ciencia.

El afán totalizador de algunos diseñadores, que quieren hacer del diseño o de la planificación una ciencia global o la disciplina integral, se asemeja al trabajo de los niños cuando tratan de armar una figura partiendo de fragmentos de rompecabezas diferentes: es la vana pretensión de lograr la unidad de la ciencia partiendo de la reunión de los diversos elementos de las ciencias existentes.

Se nos dirá entonces que el diseño sí tiene un objeto: el espacio en sus diferentes niveles: arquitectónico, urbano, regional. Sin repetir acá el análisis de esta formulación, concluyamos con Jiménez y García:¹⁸

“... el objeto espacio arquitectónico pertenece al mundo de las evidencias, al espacio de la representación que es la ideología, dominio en el cual el sistema social, esa estructura de estructuras que compone un conjunto de relaciones abstractas, se expresa a través de unas formas determinadas. Pero la forma no es simplemente un vehículo como el sobre (forma) es vehículo de la carta (contenido), sino que ella representa una estructura que está ausente; presente solo en tanto estas formas fenoménicas son efectos de ella. Formas que tienen una manera específica de organizarse que responde a unas leyes diferenciadas de aquellas que definen la estructura social.

Así las cosas se impone una síntesis.

Tenemos una estructura social compuesta de distintas instancias,

¹⁸ Véanse García, Hugo, y Jiménez, Carlos: *Del espacio arquitectónico a la arquitectura como mercancía*, publicaciones del Departamento de bibliotecas de la Universidad del Valle, Cali, Colombia 1972, pág. 58 y sigs. Este trabajo, presentado como tesis para optar al título de arquitecto en 1971, ha estado presente en toda la elaboración del presente ensayo, en el que retomamos muchos de los análisis iniciados allí.

cada una de las cuales está organizada como una estructura. Tenemos ahora que una de estas instancias es decisiva en el problema que nos ocupa en el momento: la ideología, concebida como espacio de la representación en el cual se organizan de una manera determinada las formas que evidencian y ocultan simultáneamente la estructura social que las determina en una forma específica.

En el interior de este *espacio de la representación ideológica* se mueve la conciencia de los hombres de cada época, produciendo además un conjunto de objetos propios que son el fuego, el aire, el agua, la tierra, e incluso el espacio arquitectónico, los cuales aparecen como evidentes para los hombres de una determinada época histórica y son asumidos no como problema sino como realidades indiscutibles. Todos los discursos de tipo teórico referentes al espacio arquitectónico sobre los cuales hemos realizado una reflexión crítica corroboran este punto.

Cabe señalar también que los objetos ideológicos aparecen generalmente ligados a todo tipo de prácticas sociales. El espacio no es la excepción, ya que él también se encuentra ligado a una práctica social: la práctica arquitectónica.”

Por su parte, el urbanismo y la planificación regional han adoptado como objeto propio el espacio urbano y regional, el cual reproduce, a otro nivel, el carácter ideológico del espacio arquitectónico.¹⁹

Esta tentación mistificadora ha atraído también a algunos exponentes del pensamiento marxista contemporáneo.

Partiendo de un análisis de las contradicciones de la sociedad capitalista que se expresan en su soporte material dominante: la ciudad, análisis realizado a la luz del materialismo

19 “Para no citar sino un objeto, se convendrá que una *ciudad* es una organización material y social que extrae su realidad de la ubicuidad de su ausencia; está presente en cada una de sus calles en tanto que está siempre en otra parte y el mito de la capital y sus misterios muestra bien que la opacidad de las relaciones humanas directas viene de que ellas están siempre condicionadas por todas las otras”, Sartre, Jean Paul, *Critique de la raison dialectique*, citado por Sebrelli, Juan José, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Siglo XX, Buenos Aires, 1966, pág. 9.

histórico (ciencia constituida del modo de producción capitalista, cuyo objeto, teoría y método han sido ya elaborados), que abrió un camino verdaderamente fructífero para el conocimiento de los “problemas urbanos”, el filósofo, sociólogo y ahora “urbanista” Henri Lefebvre ha caído, por una vertiente diferente, en los mismos errores ya citados.²⁰

En su afán por encontrar nuevas “salidas” revolucionarias “libertarias” y “humanistas” según algunos,²¹ a las nuevas formas de aparición del modo de producción capitalista en lo que denomina la era postindustrial (?) —la “era urbana”— Lefebvre cae en un verdadero “fetichismo” del “espacio”. Su intrincada elaboración metafísico-filosófica transforma la evidencia de los complejos fenómenos que, como excrecencia de las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista en su fase imperialista ocurren en el ámbito de los objetos-soportes materiales (habitat, barrio, ciudad, región), en una nueva “forma social”: el espacio, objeto del conocimiento de una nueva ciencia, a saber, “la ciencia de la producción del espacio” o “economía política del espacio”, “necesaria” sucesora de la ciencia del modo de producción capitalista. Así, el *objeto ideológico espacio* adquiere una vida social propia; se habla entonces de “las contradicciones del espacio”, en contraposición con “las contradicciones en el espacio” analizadas por Marx, del “espacio que envuelve al tiempo”, del “valor de uso político

20 El aporte más importante de Henri Lefebvre está contenido en sus dos primeros trabajos: *El derecho a la ciudad* y *De lo rural a lo urbano*, Ediciones Península, Barcelona, 1972. Es también interesante su recopilación comentada de textos de Marx y Engels sobre el problema urbano: *La pensée marxista et la ville*, Casterman-Poche, Tournai, Bélgica, 1972. Aunque ya en ellos se evidencia el curso posterior de su pensamiento, éste se marca mucho más explícitamente en sus dos últimos libros *La revolución urbana* y *Espace et politique*.

21 Véase Castells, Manuel: *La question urbaine*, ob. cit.; su capítulo “*Ideologie urbaine*”, sección 2, “*De la société urbaine à la révolution urbaine*” (pág. 117 y sigs.) contiene una aguda crítica del pensamiento de Lefebvre.

del espacio”, de la “producción” y la “fragmentación” del espacio, etc.²² Así considerada, la forma espacio, preexistente en su forma urbana al capitalismo, llega a determinar “dialécticamente” la organización social, lo que lo lleva a afirmar que “para cambiar la vida, hay que cambiar el espacio”, desplazando la problemática de la lucha de clases de la “revolución política” a la “revolución urbana”, de la lucha por el poder político como condición para transformar las relaciones de producción capitalistas, a la lucha por “el derecho a la ciudad”; revisión evidente no solo de la ideología proletaria, sino del materialismo histórico.

En la lucha por el “derecho a la ciudad”, esa supuesta ciencia sería la guía de una nueva práctica social global —la “práctica urbana” o “del espacio”—, capaz de construir el *objeto virtual*, el objetivo final de la sociedad: la “sociedad planetaria”, “la ciudad mundial” socialista.²³ La arquitectura y el urbanismo, ni ciencia, ni arte, ni técnica, salvadas de sus actuales limitaciones y fundidas en el diseño, serían parte integrante de esa práctica global y podrían jugar un papel importante no sólo en la realización de la “virtualidad” después de la “fase crítica”, sino en su surgimiento mismo.²⁴

Como afirma Castells, “la problemática termina por engullir al pensador y, partiendo de un *análisis marxista del fenómeno urbano*, cae, cada vez más, a través de una evolución intelectual bastante curiosa, en una *teorización urbanística* (‘espacial’ diríamos nosotros) *de la problemática marxista*”.

Su análisis contiene además una enorme carga de *idealismo*: en primer lugar, cae en una concepción lineal y finalista de la historia, ya que la ciudad, presente en toda la historia de la humanidad, sería el hilo conductor de ésta

22 Lefebvre, Henri: *Espace et politique, le droit a la ville II*, Editions Anthropos, París, 1972, en particular el capítulo “*Les institutions de la société post technologique*”, pág. 100 y sigs.

23 Lefebvre, Henri: *La revolución urbana*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.

24 Lefebvre, Henri: *Espace et politique*, ob. cit., introducción.

y, previa la ruptura revolucionaria, su objetivo final y consiguientemente el criterio de cientificidad de la ciencia en construcción; en segundo lugar, retorna a Hegel al asignar a la idea y a los pensadores (¿diseñadores?, ¿políticos?, ¿científicos?) la tarea de imaginar e hipotetizar esa sociedad urbana socialista ideal, posible en la medida en que sea pensada y realizable después de la “fase crítica”.

Idealismo, humanismo de nuevo tipo, historicismo, fetichismo del espacio, desplazamiento de la problemática política del proletariado, hacen del pensamiento de Lefebvre, muy a su pesar, un arma inesperada para la reproducción de las relaciones de producción burguesas que explícitamente combate.

El “arte del diseño”

Esta concepción ideológica del diseño es, quizás, la más antigua y la que cuenta con el mayor número de sistematizadores y divulgadores; “historiadores de arte” que incluyen en sus obras extensos capítulos sobre la arquitectura de cada época “histórico-estilística”, sin preocuparse siquiera por las transformaciones radicales sufridas por esta práctica social en los diferentes modos de producción; los arquitectos “famosos” cuando explican las grandezas y vicisitudes de su obra o “teorizan” sobre ella (Le Corbusier, Gropius, Wright, etc.); o los “teóricos” e “historiadores” de la arquitectura (Zevi, Whitkover, Gregotti, etc.).

¿A qué se refieren cuando dicen “arte”? Como afirma Hadjinicolaou, “*El Arte no existe (...)*, hablar del Arte es lo propio de la ideología estética burguesa. El arte no existe: lo que existe son diversos tipos de producción, como la producción de imágenes, la producción musical, etc.”.²⁵ Aunque no se define, parecería que la “arquitectura-arte” es identificada a la producción de imágenes, especie de enormes esculturas huecas “encerrando” un “espacio”. Nos referiremos a esta identificación partiendo de la base de que la supuesta

25 Véase, Hadjinicolaou, Nicos: *Histoire de l'Art et lutte des classes*, Máspero, 1973, pág. 192.

“esteticidad del espacio” es una pura representación ideológica, en la medida en que el objeto “espacio” lo es.

Con diferente énfasis según la vertiente ideológica en que se localicen sus autores.—hagan éstos “historia del arte” como historia de los “artistas”, de la “cultura” o de las “obras de arte”²⁶—, todas estas formulaciones introducen y revuelven en su ideológico “coctel” tres aspectos diferentes que deben ser aislados e identificados:

- El diseñador como “artista” (productor de imágenes).
- El diseño como proceso de “creación artística” (proceso de producción de imágenes).
- La obra arquitectónica, urbana, etc., como “obra de arte” (imagen).

Aunque esclarecer si el diseñador es o no un “artista” añade poco a la caracterización del diseño como práctica social, nos detendremos un instante en ello, ya que tanto le preocupa al humanismo burgués y a los diseñadores deseosos de sentirse “artistas”.

Para Freud, en el “artista” priva el “principio del placer” sobre el “principio de realidad”, o dicho en otros términos, la tendencia a la actividad lúdica que proporciona goce inmediato *domina* sobre la tendencia a someter el trabajo del inconsciente al código del trabajo socialmente útil.

En el diseñador, la relación es inversa.

En la sociedad capitalista, y aun en otras formas de sociedad, la demanda individual o social preexiste a la obra, al diseño que la prefigura, y aún al diseñador; es ella la que lo justifica y determina. Venga ella del Estado —consumo colectivo, sede de sus aparatos administrativos, represivos o ideológicos—, del consumidor individual —vivienda como valor de uso personal—, de la empresa fábrica, local comercial o sede social, etc., del capitalista inmobiliario —obras para la renta o el intercambio comercial—, o del productor industrial —diseño de objetos para la producción en serie—, esta demanda está referida a objetos útiles cuyos componentes y características se definen *fuera* de la mente del diseñador. La *voluntad creadora* y la *forma* prefigurada están determi-

26 Idem, capítulos 2, 3 y 4.

nadas, y no de una manera cualquiera, por el código de utilidad del objeto. Pero esta no es la única ni la más importante forma de determinación: “voluntad creadora” y “forma creada” están determinadas simultáneamente por las relaciones sociales de producción (tipos de propiedad, formas de apropiación de la producción), por las del intercambio y por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas (materiales, procesos de producción del objeto, fuerza de trabajo), determinaciones provenientes de la *estructura económica* y no de la *superestructura ideológica*, como en el caso de la producción de imágenes, literaria o musical, denominadas “artísticas”.

En el acto del diseño, la sociedad exige al individuo cumplir una actividad como parte de la división social del trabajo que le es específica y éste realiza no por su “libre voluntad”, sino por la coerción que la sociedad le impone. Su “goce”, si existe, provendrá de la satisfacción de sus necesidades de subsistencia asegurada por su actividad y, como veremos luego, de la materialización de su diseño, la cual no es propiamente debida a *su trabajo*.²⁷

Desde el punto de vista de la producción del diseño como prefiguración y de la obra como materialización, nos encontramos con dos diferencias radicales entre ésta y la producción de imágenes. Mientras que en la producción de imágenes, prefiguración y materialización se identifican en un proceso realizado por el mismo agente social, el diseño y su realización corresponden a instantes diferentes realizados por agentes sociales diferentes; el diseño toma forma corpórea en la obra a través de un proceso productivo en el cual el diseñador es sólo un trabajador indirecto, mientras que el peso de él recae sobre los trabajadores directos —los obreros—, y en la sociedad capitalista, sobre el capitalista que aporta el capital-dinero necesario para la compra de los medios de producción y la fuerza de trabajo y que se apropia de la plusvalía generada en el proceso de producción. En segundo lugar, mientras la producción de imágenes es, en general, un *trabajo improductivo*, ya que no se cambia por *capital*, sino por renta o ganancia (a través de la venta

27 García y Jiménez, ob. cit., pág. 77 y sigs.

de la obra ya producida), el trabajo del diseñador en el proceso de producción de la obra (incluido el diseño y la dirección de su ejecución) es un *trabajo productivo* que se cambia por capital y forma parte del proceso de valorización de este, excepción hecha de aquellos diseños no ejecutados que, por esta razón, permanecen como inútiles y su remuneración forma parte de la renta o ganancia del despilfarrador demandante. Este hecho fue aclarado por Marx hace ya muchos años.²⁸

Desde el punto de vista de la obra, ya hemos demostrado anteriormente que se trata de un objeto cuya utilidad es predominantemente material: forma de objeto de consumo, o lugar soporte-material de una práctica concreta (económica, política o ideológica) a diferencia de las imágenes cuya "utilidad" es, siempre, ideológica. Resulta evidente que la "obra" puede transmitir una ideología, tomar el carácter de *símbolo*, pero este contenido será siempre secundario en relación a su función económica.

Si los diseñadores reivindican el "derecho" de que las obras diseñadas por ellos se coloquen en el ámbito de la *ideología-imagen*²⁹ es su propia responsabilidad. Esto no cambia en absoluto el carácter objetivo de "sus" obras, ni el que sus reales autores: los obreros de la construcción,

28 Marx, Carlos: *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1966, tomo IV, págs. 136 y 137, 220, 223 y 224, transcripto en Marx, Engels, *Textos sobre la producción artística*, Comunicación, Madrid, 1972, pág. 83 y sigs.

29 "...cuando hablamos de 'ideología-imagen', entendemos por ello no un conjunto de representaciones metafóricas sino, en un sentido estricto, una combinación específica de elementos formales y temáticos de la imagen a través de la cual los hombres expresan la manera cómo ellos viven sus relaciones con sus condiciones de existencia, combinación que constituye una de las formas particulares de la ideología global de una clase", Hadjinicolaou, Nicos, ob. cit., pág. 106. Aunque la expresión francesa *ideologie imagée* se traduce literalmente "ideología hecha imagen", preferimos verirla como "ideología-imagen".

las consideren como el producto de un proceso algo "artístico" de explotación de su fuerza de trabajo.

Esta aclaración no excluye la existencia de una *ideología burguesa del diseño*, ni la ya citada utilización de las obras como transmisoras de una ideología, ni el que ellas contengan "imágenes-ideología" (pinturas, esculturas, etc.), ni que puedan ser consideradas "estéticamente bellas". Si, abstrayendo su carácter dominante real, consideramos la obra como una escultura-imagen, la valoración estética de la obra expresa simplemente la correspondencia entre la ideología del diseño que la impregna y la ideología estética de la clase dominante, ideología dominante a su vez en la sociedad. Cada forma de sociedad elabora su propia ideología estética, y ella es la ideología de la clase dominante en esa sociedad. No por azar la sociedad capitalista industrial ha ido generando ese conjunto de valores estéticos que nos llevan a extasiarnos ante la "belleza" de un computador en funcionamiento, o el juego multicolor de las tuberías plásticas de un laboratorio, o los complejos engranajes de una máquina, y por allí no ha pasado nunca el "artista", aunque los "artistas" traten después de reproducir esos valores ideológicos en sus imágenes, como ocurre en el caso de la "escultura-chatarra", el "arte pop", o el "arte cinético".

La "técnica neutra del diseño"

Ya desde comienzos del presente siglo el desarrollo de la producción industrial había impuesto la necesidad de un cambio radical en la forma de producción de los objetos arquitectónicos y, por tanto, de su diseño, determinando así el surgimiento de la "arquitectura moderna" e imponiendo necesariamente un cambio de la "idea" que los hombres tenían de la práctica arquitectónica y de su resultado: la obra arquitectónica y urbana.

La aparición de nuevos materiales, su producción en serie y las nuevas necesidades de espacios arquitectónicos (industriales, comerciales, de vivienda) y de medios de comunicación obligan a los arquitectos a transformar su práctica y sus ideas, surgiendo así una ideología arquitectónica y urbanística caracterizada por una nueva "racionalidad": la ra-

cionalidad capitalista, de la cual es bello ejemplo el concepto de la casa como "máquina para habitar" que desarrolla Le Corbusier, o sus postulados sobre la "Ville Radieuse".

La realidad impone pues la aceptación de los condicionamientos técnicos del diseño y abre camino a la idea de la arquitectura y el diseño como técnicas, evidencia que se acentúa después de la Segunda Guerra Mundial con el estallido de la llamada "revolución tecnológica y electrónica"—la cual sería más objetivamente comprendida si se analizara como fase de rápido desarrollo y socialización de las fuerzas productivas. Ella trae consigo la automatización y su correlato, la computación electrónica y los avances de la producción por todos conocidos. La industria impone esta nueva fase de su desarrollo a los diseñadores, quienes necesariamente se ven forzados a integrarla a su práctica, a "enriquecer" sus ideas y a sistematizar o "teorizar" los nuevos hechos, las nuevas determinaciones. Ya no es posible hablar del diseño al margen de la industria y por tanto al margen de la técnica. Se impone pues reconocer a la práctica del diseño como una práctica técnica.³⁰

Sin embargo, esta aceptación de la evidencia no es más que eso: reconocimiento de la evidencia y por tanto, reconocimiento ideológico que se mantiene íntimamente ligado al conjunto de la ideología burguesa y prisionero del desconocimiento del carácter objetivo de la práctica del diseño en el contexto social. Este reconocimiento va siempre acompañado de dos elementos de esa ideología general: el carácter neutro de los técnicos y su papel de transformadores de la situación social. Como la destrucción de estos mitos supone el esclarecimiento del carácter real del diseño y de la forma concreta de su inserción en la práctica social global: en una palabra, el conocimiento del sistema relaciones de producción-fuerzas productivas vigente en nuestra sociedad, pasaremos inmediatamente a este punto.

³⁰ Podemos citar como ejemplos de la irrupción de la cibernética en la "teoría de la arquitectura y el diseño", los trabajos de Christopher Alexander, a los cuales dedicaremos una nota al final de este trabajo.

C. *El diseño como práctica técnica —empírica— al servicio del capital*

La práctica teórica produce conocimientos que pueden figurar luego como medios al servicio de los objetivos de una práctica técnica. Toda práctica técnica se define por sus objetivos: tales efectos definidos que deben producirse en tal objeto, en tal situación. Los medios dependen de los objetivos. Toda práctica técnica utiliza, entre estos medios, conocimientos que intervienen como procedimientos, sea conocimientos pedidos prestados al exterior, a las ciencias existentes, sea "conocimientos" que la práctica técnica produce ella misma, para realizar su fin. En todos los casos la relación entre la técnica y el conocimiento es una relación exterior, no reflexiva, radicalmente diferente de la relación interior, reflexiva, existente entre la ciencia y sus conocimientos. Abandonada a sí misma, una práctica (técnica) espontánea produce solamente la "teoría" que necesita, como forma de producir el fin que se le ha asignado: ésta "teoría" no es nunca más que la reflexión de este fin, no criticado, no conocido, sobre los medios de realización, es decir, un subproducto del reflejo del fin de la práctica técnica sobre estos medios. Una "teoría" que no pone en cuestión el fin del cual es un subproducto, permanece prisionera de este fin. Así es en numerosas ramas de la psicología y de la economía, más aún de la economía, de la política, del arte, etc. Este punto es capital si se quiere identificar el peligro ideológico más amenazador: la creación y el reinado de pretendidas teorías que no tienen nada que ver con la verdadera teoría y que no son sino subproductos de la actividad técnica. La creencia en la virtud teórica "espontánea" de la técnica se encuentra en el origen de esta ideología, que constituye la esencia del pensamiento tecnocrático". Althusser, Luis: *La revolución teórica de Marx*, Editorial Siglo XXI, México, pág. 140.

El diseño (industrial, arquitectónico, urbanístico, regional o del entorno, etc.) como práctica particular dentro del conjunto de la práctica social, es objetivamente una práctica técnica-empírica enmarcada y determinada en el modo de producción capitalista y en la formación social colombiana, por las relaciones de explotación que se establecen entre el capital y el trabajo asalariado. Por tanto, el diseñador es

un instrumento de dicha explotación. Como práctica no científica, su teoría no es más que una elaboración sistemática de aspectos parciales de la ideología burguesa, ligada con elementos técnicos suministrados por las ciencias naturales o por las ciencias puras.

Como hemos señalado anteriormente, la práctica del diseño se compone de dos instantes cualitativamente diferentes: aquel del diseño propiamente dicho (prefiguración de los objetos en la mente del diseñador y expresión en el lenguaje de los planos y diseños y el de la realización (construcción), en la cual el objeto prefigurado se materializa, toma forma corpórea en la obra (mueble, utensilio, casa, edificio, conjunto urbano, etc.). Hemos señalado también cómo en el proceso es este segundo instante el determinante, la razón de existencia: pues a partir del proceso de producción de la obra se hace inteligible no sólo el papel del diseñador, sino las características mismas del diseño.

La producción de "obras" es, en primera instancia, un proceso económico, o sea, una actividad social de intercambio con la naturaleza, de transformación de ésta, que garantiza la producción de bienes materiales para la satisfacción de las necesidades individuales o colectivas de un organismo social. Este intercambio con la naturaleza es en sí mismo un *proceso de trabajo* en el cual la *actividad humana* transforma por medio de *instrumentos* un *objeto dado* (materias brutas o primas), con el fin de obtener un *producto*. El proceso de trabajo conlleva pues tres elementos fundamentales: la materia prima —objeto dado— sobre la cual se ejerce la actividad transformadora; los instrumentos de trabajo necesarios para su realización; y la actividad humana que no solamente ocupa un papel fundamental en el proceso, sino que determina por su carácter voluntario el tipo de cambio que ha de operarse en la materia prima, y los instrumentos y la fuerza de trabajo a invertir.

En la sociedad capitalista la actividad humana asume dos formas diferentes: la del *trabajador directo* que entra directamente en contacto con las materias primas y los instrumentos (el obrero que ha sido despojado de la propiedad de los instrumentos y de las materias primas —medios de producción— y que aporta al proceso su *fuerza de trabajo*);

y la del *trabajador no directo* que asume el control y dirección del proceso productivo a nombre del capitalista (gerentes, ingenieros, técnicos, etc.). Por su parte, el capitalista participa en el proceso productivo como propietario de los medios de producción o del trabajo, actuando como un no-trabajador o *agente indirecto* de la producción.

Pero este proceso no sólo permite a la sociedad apropiarse de la naturaleza para producir las condiciones materiales de existencia que le son propias, sino que además es un proceso de explotación de los trabajadores directos, los obreros, quienes no sólo producen lo que requieren para satisfacer sus necesidades vitales, sino un producto excedente, un *sobre-producto* del que se apropian los propietarios de los medios de producción y del capital-dinero que les permite comprar la fuerza de trabajo de los demás: los capitalistas.

El capitalista cumple pues un doble papel; uno dictado por las exigencias del nivel técnico de la división social del trabajo que le asigna el papel de no trabajador y que comprende la función de control sobre el proceso de trabajo en su conjunto, surgida de la propiedad de los medios de producción; y otro definido por su apropiación del sobre trabajo, convirtiéndolo en beneficiario de la explotación.

Los instrumentos de trabajo, integrados al conjunto de los medios de producción, han adquirido en el capitalismo una forma típica: la fábrica. Ella deriva de un proceso histórico en el cual grandes masas de trabajadores, transformados en hombres "libres" y desprovistos de instrumentos de trabajo y de medios de vida, se ven obligados a vender como mercancía su fuerza de trabajo, único bien que poseen.

De otro lado, este mismo proceso llevó a la concentración de los medios de producción en pocas manos, las de la burguesía, desarrollándose un régimen de producción en el cual la fuerza humana de trabajo que posee cada obrero cuenta siempre y cuando se inserte en una cadena ininterrumpida, presidida aparentemente por la máquina que se ha convertido en el motor del proceso productivo e impone a los obreros un ritmo y una forma de actividad.

Tanto los instrumentos de trabajo, las materias primas y la fuerza humana, como la forma concreta en que se combinan, se transforman cualitativa y cuantitativamente en for-

ma permanente, dando lugar a un permanente proceso de desarrollo de las *fuerzas productivas de la sociedad*.

Pero esta actividad productiva no da solamente como resultado un producto determinado que adquiere la forma de mercancía al ingresar al mercado, ella misma reproduce materialmente a las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista: la burguesía y el proletariado.

El proceso productivo de los objetos-obras (arquitectónicas, urbanas, etc.) se acoge a esta forma general del proceso productivo capitalista, con las características concretas determinadas en una formación social por la forma particular de inserción y relación del modo de producción capitalista con los elementos de otros modos de producción:

Su materia prima son los llamados materiales de construcción, desde el ladrillo y el cemento hasta los conductores eléctricos y artefactos sanitarios, los ascensores, etc. Sus instrumentos de trabajo van desde el palustre y la plomada manejadas directamente por el obrero de la construcción hasta las grúas, las mulas, las mezcladoras gigantes, etc., ligadas en la gran fábrica que produce las enormes piezas prefabricadas o las unidades completas de vivienda.

Conviene señalar que en el conjunto de los países capitalistas, pero en especial en los países sometidos a las condiciones de dependencia neocolonial, el régimen de producción de estos objetos está rezagado con respecto al conjunto de la producción social, en la medida en que aún se emplean de manera amplia formas manufactureras o aún precapitalistas de producción. En la producción de materiales aún subsisten los pequeños talleres artesanales de carpintería y ornamentación metálica que trabajan como "contratistas", o los "chircales" de producción de ladrillos, donde subsisten formas de sobreexplotación de la fuerza de trabajo, tales como el pago de salario por pieza fabricada, las jornadas de trabajo de 12 a 16 horas, el trabajo infantil, todo esto el margen de cualquier legislación laboral y conjuntamente con los grandes monopolios de la producción de cemento, concreto y elementos prefabricados, donde se dan las formas de producción capitalistas más desarrolladas.

Esta situación de atraso aparece también en la actividad de la construcción propiamente dicha, donde aún se emplean

(sobre todo en la construcción de viviendas individuales) formas manufactureras de producción. Esto es, grupos más o menos reducidos de obreros con una división rudimentaria del trabajo, que emplean herramientas manuales y donde aún la fuerza fundamental que echa a andar el proceso es la fuerza de trabajo humano y todavía cuenta la habilidad propia del trabajador directo.

Sin embargo, la tendencia creciente a la prefabricación no sólo de los elementos de la obra arquitectónica sino incluso de la obra entera, nos indica de qué manera la forma de trabajo fabril —que implica el progresivo desplazamiento del hombre por la máquina— va penetrando en este sector.

En los países dependientes neocoloniales, la subsistencia de estas formas precapitalistas en la actividad de la construcción se explica por una doble razón; de una parte, la limitación de la capacidad de importación de maquinaria y equipo determinada por la baja disponibilidad de divisas afecta a la actividad de la construcción, así como a todo el sector productivo; en estas condiciones y dada la inexistencia de un sector productor local de maquinaria y equipo, el sector de la construcción debe trabajar con medios de producción relativamente rudimentarios. De otra, la inexistencia de competencia en el mercado mundial, dada la inmovilidad de los bienes, permite la utilización masiva de fuerza de trabajo no calificado, cuyos niveles salariales son mantenidos por debajo de los vigentes en el conjunto de las restantes ramas de la industria. Esta fuerza de trabajo, no pudiendo obtener empleo en la industria, donde la demanda de brazos está restringida por los factores estructurales citados, se vende por un precio igual o aún inferior al salario mínimo legal, por períodos cortos, en condiciones de contratación arbitrarias —cuando existen— y al margen de cualquier posibilidad de organización sindical dado su número reducido por obra y la duración limitada de su contratación.

Todos estos hechos permiten al empresario la sobreexplotación del obrero y la obtención de márgenes de ganancia elevados, incrementados por los procesos inflacionarios permanentes. De allí también la atracción que ejerce este sector sobre los capitales no reinvertidos en el sector industrial.

No es pues casual el hecho de que el Estado colombiano, entre otros, busque la salida a la crisis por la que atraviesa el proceso de acumulación-reproducción del capital por medio de una acción masiva sobre el sector de la construcción en su conjunto (vivienda, red vial, medios de consumo colectivo, etc.) como lo demuestran el énfasis puesto en este sector, como sector clave, en "las cuatro estrategias" del Plan de desarrollo y la enorme suma de dinero invertida en proyectos de "renovación urbana". Tampoco es casual el rápido proceso de concentración monopólica del capital en ese sector, y la aparición reciente de grandes corporaciones financieras de "ahorro y vivienda" en las que se funde el capital financiero y bancario nacional y extranjero, el capital inmobiliario y los monopolios de la propiedad del suelo urbano. Capital y estado buscan así reabrir el proceso de acumulación por medio de la expansión del sector en el cual es más fácil la sobreexplotación de la clase obrera.³¹

Tanto el bajo nivel relativo de desarrollo de las fuerzas productivas en el sector, como las relaciones de trabajo vigentes en él, colocan al obrero de la construcción en una situación ambigua con respecto a los obreros del sector industrial: despojados de sus medios de vida y forzado a vender su fuerza de trabajo en condiciones de sobreexplotación, el régimen de producción en el cual se inserta requiere aún de su habilidad particular y exige que su fuerza de trabajo sea el motor fundamental del proceso. Especie de proletario-artesano, de él se habla aún en términos de una división del trabajo calcada de viejas formas artesanales y manufactureras: maestros y aprendices.

Mas es obvio que allí donde el proceso ha adquirido la forma de gran industria, el trabajador directo es un obrero en todo el sentido de la palabra. E igualmente es claro que en ambos casos es un productor de sobretrabajo del que otros se apropian, y que sobre él recaen, en la coyuntura actual, las políticas de "desarrollo" del capital neocolonial.

Veamos ahora qué papel juega el diseñador-arquitecto en este proceso.

³¹ Véase Pradilla, Emilio, art. cit., apartado III, "Las Cuatro Estrategias o el retorno de los brujos".

La forma más general de su actividad es la del control del proceso productivo, sea como diseñador de la obra a realizar y por tanto de prefigurador de la forma final del producto; sea como supervisor directo de la marcha de este, o bien, como realizador de esta doble actividad.

Esta forma general asume diferentes formas particulares de acuerdo con la relación que se establezca con el "cliente" o propietario del capital-dinero y/o de los medios de producción invertidos en la realización de la obra.

- 1) Cuando carece de medios de producción y actúa simplemente como cuadro técnico de diseño y dirección del proceso, ya sea para un propietario individual, un propietario capitalista o el Estado. En este caso es un trabajador productivo no directo, independientemente de que su salario aparezca como tal o bajo la forma de "honorarios".
- 2) Cuando posee medios de producción y realiza y controla el proceso constructivo para un propietario individual, para un capitalista o para el Estado. En este caso, que asume casi siempre la forma de contrato a precio fijo, el diseñador-constructor no sólo dirige el proceso productivo, sino que se apropia de una parte de la plusvalía producida por el obrero, dejando la otra parte al propietario del capital-dinero invertido y a las demás fracciones del capital que participan en su realización como mercancía. Obviamente cuando él es el propietario del capital-dinero, se apropia de la cantidad de plusvalía correspondiente al capitalista-inversionista en la distribución, ya que actúa como propietario capitalista. Su participación en la distribución de la plusvalía aumentará si es propietario del suelo, si comercializa el producto, etc., hasta llegar a apropiarse su totalidad, caso éste de los monopolios inmobiliario-financieros de reciente desarrollo.

Es necesario destacar que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en el sector de la construcción tiene una influencia directa en el diseño, por cuanto *las tendencias del diseño que enfatizan la poética de la creación formal* son

coherentes con las formas de producción precapitalistas que subsisten en el capitalismo desarrollado y, con mayor importancia, en el capitalismo dependiente. El ámbito preferente de su mantenimiento es la construcción de viviendas individuales —valores de uso “únicos” valorizados por el trabajo “semiartístico” de los operarios—, y en las obras de prestigio destinadas al capital monopolista o al Estado (ambas cargadas de un claro contenido simbólico-ideológico que el diseñador simplemente reproduce). En estos casos, la forma espontánea del producto así como su poca racionalidad y el empleo de trabajadores directos diestros, son condición de existencia de la actividad de “creadores” empeñados en dejar materializados en ladrillo y cemento su “genio” personal.

En cambio, las *tendencias racionalistas* del diseño se corresponden claramente con el régimen de producción de gran industria en el cual la contabilidad de costos, el cálculo de la inversión, la ganancia y, sobre todo, la producción en serie para un gran mercado, son exigencias que restringen cada vez más el “genio” creador del diseñador. Triste verdad de la historia, el desarrollo del capitalismo asesina a nuestro viejo y glorioso maestro diseñador con sueños de “artista”.

Hemos hablado del Estado como “cliente” del diseñador-constructor. Como “cliente”, el Estado actúa de tres formas particulares:

—Como capitalista al apropiarse del trabajo impago a los obreros de la construcción. Es el caso de la construcción de viviendas llamadas de “interés social”, en cuyo caso asume el múltiple papel de capitalista industrial, comercial y financiero y de rentista. Así utilice la plusvalía bajo la forma de ganancia o de intereses, para entregarla al constructor, para pagar a la burocracia a su servicio o para “capitalizarla”, lo único cierto es que ella es el fruto de la explotación del obrero. De forma similar actúa cuando realiza inversiones en servicios públicos, que serán vendidos a los usuarios en “cómodas cuotas mensuales” que incluyen simultáneamente la ganancia del capital invertido, los intereses de dicho capital y la renta del suelo ocupado. No por casualidad se habla de hacer *rentables* los servicios públicos.

—Como administrador general de la sociedad en beneficio de los intereses del capital. Al invertir los fondos provenientes de la tributación del conjunto de los agentes sociales (presupuesto del Estado) en obras de infraestructura y servicios públicos “necesarios para el desarrollo económico”, lleva a cabo una redistribución del ingreso a la inversa, es decir, colabora con el proceso de acumulación capitalista, ya que estas obras —“condiciones generales de la producción y la circulación”, tales como vías, acueductos, fuentes de energía eléctrica, etc., no asumidas por los capitalistas individuales dada su baja rentabilidad— son indispensables para el proceso de reproducción del capital y benefician a éste en su conjunto. Mientras para el capital son medios de valorización y reproducción, para el asalariado significan una reducción mayor de su salario.

—Como instrumento de la reproducción de las relaciones sociales de producción (en particular de las relaciones de propiedad) y de la dominación de clase, cuando sus “encargos” se refieren a obras tales como escuelas, colegios, edificios oficiales, cuarteles, etc. Los objetos-obras arquitectónicas y urbanas asumen un doble carácter inseparable: el de asiento de los aparatos represivos o ideológicos a través de los cuales el Estado domina a la sociedad en nombre del capital y reproduce su ideología, por una parte, y por la otra, medios de vida (educación, salud, cultura, etc.) para el mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo de la clase obrera, los empleados y aun la misma burguesía, que el Estado deduce no de la ganancia de los capitalistas, ya que contribuyen a su incremento, sino del salario de los propios obreros, haciendo así pagar a estos el costo de los medios que aseguran su propia esclavitud.³²

El diseñador, al realizar su práctica técnica, es pues un instrumento al servicio de las relaciones de producción vigentes en la sociedad; su práctica está comprometida con el

32 Idem.

capital tanto en términos económicos al servir de instrumento en la explotación del trabajador asalariado de la construcción, como en términos ideológicos al actuar como un medio —muy eficaz en ocasiones— de la reproducción de la ideología burguesa contenida no sólo en la función de su obra, sino también en la misma forma que el diseñador le da, para “satisfacción” de su cliente y gloria eterna de su genio personal.

Revelado el carácter del proceso de producción de los objetos-obras y el papel de los agentes que en él participan, nos preguntaremos ahora: ¿por qué se producen estos objetos? ¿Para qué se producen? Habíamos afirmado y lo repetimos ahora: es evidente que se producen porque satisfacen necesidades de los individuos o de la sociedad, broten éstas del estómago de los hombres o de su propia imaginación o fantasía. Así ha sido en todas las épocas históricas, desde aquellas en que cada individuo se fabricaba sus propias vestiduras, utensilios y herramientas, hasta nuestros días en que la producción de los objetos se lleva a cabo gracias a una compleja división del trabajo. Sin embargo, actualmente existe una diferencia: los objetos producidos no satisfacen las necesidades personales del que los fabrica, sino las de otros, es decir, que los objetos producidos por un productor cualquiera no tienen *valor de uso* para éste, sino para otros. Se producen para el cambio; adquieren pues la forma de *mercancía*. Bajo esta forma, los objetos tienen el doble carácter de *valores de uso* y *valores de cambio*.

¿Dónde se cambian los objetos? En el *mercado local, nacional o mundial*. Pero en ellos no se pueden comparar como objetos útiles bajo su forma natural, ya que un helado de vainilla no tiene, como objeto útil, nada que ver con un jabón de tocador, así valgan los dos la misma suma de dinero. Aquello que hace posible equiparar dos objetos tan disímiles es su única cualidad común: el hecho de ser productos del trabajo humano; pero no del trabajo concreto del heladero o del jabonero, imposibles de comparar, sino del trabajo abstracto, general, comparable, común a todas las formas de trabajo humano: el gasto de músculos, de nervios y de cerebro.

Entonces la sustancia del *valor* de una mercancía es ese trabajo abstracto; su magnitud, la *cantidad* de trabajo abstracto contenida en él y su medida el tiempo de trabajo. Pero no se trata acá del tiempo que gasta cualquier operario diestro o no, sino del tiempo medio empleado en la sociedad para su producción: es decir, del *tiempo socialmente necesario* para producir esa mercancía en un país y en un momento histórico determinado.

Así pues, en el mercado capitalista no se enfrentan cosas sino productores a través de las cosas: el valor de cambio de los objetos domina sobre el valor de uso de ellos y todos los objetos producidos, lo son para el cambio: son mercancías.

Los objetos arquitectónicos o urbanos no escapan a esa ley general del capitalismo: ellos se producen para el cambio y quien no disponga de dinero —producto de la venta de las mercancías que produce o de esa particular mercancía que es la fuerza de trabajo—, no puede comprarlas en el mercado. Como dirían los economistas burgueses, si no hay *demanda solvente* no hay producción ni de viviendas ni de nada.

Esta ley es válida por tanto para la vivienda y para los servicios que el Estado produce. Prueba de ello son los miles de familias pobres que carecen de vivienda y de servicios mínimos, hacinadas en inquilinatos y tugurios, mientras miles de viviendas permanecen deshabitadas por largos períodos. Si la producción capitalista tuviera por objeto satisfacer las necesidades de los individuos o de la sociedad, la lógica diría que se deberían producir viviendas y servicios para todas las familias que los necesitan. El capitalista produce viviendas sólo en la medida que existan compradores dispuestos a pagar el precio que él fije por su producto y que incluye, lógicamente, su ganancia.³³ He aquí la causa última

³³ En Colombia la industria de la construcción de viviendas y otros objetos arquitectónicos y urbanos ha experimentado un acelerado proceso de concentración monopólica, que sigue la tendencia general del capitalismo dependiente neocolonial y caracteriza su mercado como oligopólico. En estas condiciones, los productores pue-

del "problema de la vivienda", que aunque afecta a todas las clases sociales, lo hace más inmisericordemente con la clase obrera y los desempleados, imposibilitados de responder a la oferta así caracterizada. *Cae así por tierra el mito de la función "social" de la empresa privada en la construcción de viviendas y objetos arquitectónicos y urbanos.* Pero, aclaramos, no se trata acá de la particular "mala voluntad" de los constructores de vivienda. *Es la ley general de la producción capitalista de mercancías.* Para un capitalista da igual que las mercancías cuya producción asegura la reproducción de su capital y el incremento de sus ganancias sean la vivienda, los alimentos básicos, perfumes, artículos pornográficos, bombas de napalm y cañones, o estampas piadosas. Olvidar esto es olvidar la realidad del capitalismo y vivir en el mundo falaz de la ideología burguesa.

¿Es válido aplicar esta ley a la autoconstrucción? Veamos. Se dan dos tipos de autoconstrucción: la del "tugurio" construido miserablemente para satisfacer la necesidad vital de techo, sin diseñadores, con materiales de desecho y con una inversión mayoritaria de trabajo humano familiar; y la vivienda de la burguesía y pequeña burguesía construida por un arquitecto, con materiales "de primera" y con utilización de trabajadores asalariados. Si en el segundo caso la relación mercantil se establece en el proceso constructivo a través de la compra de las mercancías usadas en él —incluida la fuerza de trabajo—, en ambos ejemplos, el ser productos del trabajo humano y el insertarse en relaciones predominantemente

den fijar libremente el precio de sus productos, relativamente al margen del juego de la oferta y la demanda. La permanencia de productores de vivienda en condiciones casi artesanales, con costos de producción elevados, y la escasez de viviendas generada por el crecimiento demográfico de las ciudades, hacen posible que estos monopolios obtengan sobreganancias, al fijar sus precios muy por encima de sus costos de producción. El I.C.T., organismo estatal que construye "viviendas de interés social" no es sino un monopolio capitalista de Estado que controla el mercado de los estratos más altos de la clase obrera y de los empleados de baja remuneración, no atendidos por la empresa privada.

mercantiles hacen que tanto el "tugurio" como la mansión de lujo puedan venderse o comprarse, puedan ser convertidas en mercancías, independientemente de que hayan sido producidas para el uso del propietario y no directamente para el cambio.

El diseñador participa pues, como cuadro técnico o propietario capitalista, en la producción de objetos-mercancías y no simplemente de objetos útiles o de "objetos de arte". Su determinación insoslayable por el sistema de relaciones de producción-fuerzas productivas y por la estructura de clases se observa doblemente: de una parte por las condiciones vigentes en la producción de los objetos y de otra por la forma en que el propietario del capital busque introducir sus productos en el mercado de una determinada *clase social*. El condicionamiento se da no solamente en términos de la *función* que el objeto debe cumplir, sino también en su *forma y dimensión*. Muere pues el mito del "diseñador libre y neutro".

Entendemos ahora por qué la respuesta formal y dimensional dada por los diseñadores a la vivienda varía desde la madriguera que el Estado construye en las "unidades de autoconstrucción para las clases menos favorecidas", hasta los palacetes dorados de nuestros barrios burgueses. La capacidad de consumo de objetos arquitectónicos de los individuos depende de la parte de la producción social de que logren apropiarse, y esta parte está determinada por la relación de propiedad o no-propiedad con los medios de producción; es decir, se da en términos de clase social, aunque a través de la mediación de la "distribución de los ingresos".

El diseñador trabaja en el seno de la división de clase de la sociedad y, para no llamarnos a engaño, del lado de sus patronos, los propietarios del capital. Lo hace también cuando diseña y construye las fábricas, los talleres y los depósitos que van a ingresar como medios de producción al inventario de los capitalistas. Cumple la misma misión cuando su práctica técnica se pone al servicio de la construcción de locales para los aparatos represivos o ideológicos del Estado burgués. Finalmente, actúa en el mismo sentido el diseñador urbano que, a despecho de su buena voluntad, se convierte en instrumento de la programación global de la segregación

urbana de clases y de la estrategia de mantenimiento de ese "desorden urbano", que no es sino el orden inviolable y sagrado de la libre iniciativa privada; es decir, del libre albedrío del capital —reflejo en el espacio de la anarquía reinante en el mercado capitalista—, que la burguesía defiende a sangre y fuego como conquista máxima de la "dignidad del individuo".

Esa libertad tiene obviamente dos caras: la libertad del capitalista para explotar a los desposeídos y la libertad de estos para ser explotados, arrastrar su miseria y morir de hambre donde quieran, derecho que conlleva una sola limitación: la de no hacerlo donde moleste la vista o el olfato de la burguesía y la pequeña burguesía a su servicio. Este límite está perfectamente marcado y nuestros urbanistas lo respetan y mejoran al zonificar nuestras ciudades y definir a través de índices y códigos los espacios donde la libertad de unos y otros puede desarrollarse.

El diseñador urbano trabaja también para el capital cuando diseña las zonas de renovación urbana y los planos viales que la "implementan", ya que programa el desalojo de las clases explotadas que en ellas habitan, su recuperación por el capital especulativo de la construcción y la finca raíz y los mecanismos a través de los cuales aquél se apropia de la renta del suelo generada por la nueva inversión en vías y servicios.

Para concluir, respondamos a una pregunta que se desprende de todo lo anterior: ¿a qué *clase social* pertenece el diseñador? Si entendemos como clase social el "efecto" del conjunto de las estructuras del modo de producción o la formación social sobre los agentes sociales que le sirven de apoyo, organización determinada en última instancia por las relaciones de producción (estructura económica),³⁴ podemos afirmar:

—Aquellos que poseen medios de producción y/o invierten capital-dinero en la producción de los objetos del diseño, explotando la fuerza de trabajo asalariada; o que emplean a otros diseñadores y auxiliares como asalariados en la

producción del diseño mismo, pertenecen a la burguesía, grande o pequeña.

—Los diseñadores que venden su fuerza de trabajo al Estado, al capital inmobiliario o a otros diseñadores, a cambio de un salario, son *trabajadores asalariados* localizados en su *estrato social* más alto; pero el hecho de actuar como cuadros técnicos e instrumentos dóciles del capital en la explotación de los obreros de la construcción, la profunda dominación ejercida por la ideología burguesa sobre los componentes generales de la "ideología del diseño", la consiguiente reproducción que de ésta llevan a cabo en su práctica y en la docencia, y el apoyo político que dan, generalmente, a la burguesía y a su Estado, los coloca objetivamente en una *categoría social* al servicio del Capital: la *tecnocracia*.

En una palabra, lo sepa o no el diseñador de buena o mala voluntad, el diseño como práctica técnica está al servicio del capital en su actividad de explotación del trabajo asalariado y de dominación de la sociedad en su conjunto.

³⁴ Poulantzas, Nicos, ob. cit., págs. 75 y 98.

3. La ideología "vulgar" de lo arquitectónico y lo urbano: un instrumento de dominación de clase

El mundo de las mercancías ha ido integrando rápidamente todos los objetos arquitectónicos y urbanos; inclusive los elementos naturales considerados aptos por el capital especulativo para incrementar las ventajas de su mercancía específica. De la relación "natural" que se establece entre diseñador y productores capitalistas en el campo de la construcción, en el seno de ese fabuloso mundo de los objetos de consumo, ha ido surgiendo una ideología de lo arquitectónico y lo urbano que, manejada hábilmente por los mercaderes de la vivienda, sirve no sólo para crear las nuevas necesidades de consumo, sino para ir reproduciendo los valores ideológicos generales de la sociedad burguesa. Se esclaviza así a los individuos en cierta forma de consumo y se los convence día a día de que su "felicidad y libertad" dependen de la perpetuación del dominio económico y político de la burguesía.

Como simple región particular de la ideología burguesa, ésta ideología de lo arquitectónico y de lo urbano, inyectada en pequeñas dosis diarias a través de la radio, el cine, la televisión y la prensa, apoya y transmite las relaciones sociales que caracterizan la sociedad burguesa: la propiedad privada, la familia, la privacidad individual, la diferenciación social, etcétera.

Un simple recorrido por tres diarios, extraídos al azar

de un montón, nos muestra significativamente cómo se transmiten y reproducen estos valores:³⁵

Leemos en un aviso de $\frac{3}{4}$ de página: "En Modelia Fernando Mazuera y Cía. S. A. tiene 7 respuestas para su pregunta sobre *casa propia*: en estilos, en precios, *en gustos*. Fernando Mazuera y Cía S. A. tiene siete respuestas a su pregunta: casas de un piso, de dos, desde \$ 290.000 hasta \$ 370.000, *diferentes* fachadas, *diferente* distribución y una misma calidad: fabulosa ubicación y magnífico servicio de transporte día y noche, sin igual vecindad de más de 3.000 *familias como la suya*, y todos los servicios de una ciudad moderna" y unos días más tarde: "no vendemos un apartamento, *vendemos una vida diferente*. Torre Panorama" o "¡en la *exclusiva* carrera 10ª 97-27 y frente a hermoso parque!" y también "La casa que usted ha soñado". La propiedad privada de la casa, "don divino" que da seguridad, al menos mientras se pagan las cuotas y con ellas la ganancia, la renta y los intereses al capitalista; la familia, una familia particular, cuya unidad se estructura en torno al patrimonio familiar y a su herencia; la diferenciación de cada familia por sus gustos, pero entre "familias iguales a la suya", es decir, de su misma clase social; "una vida diferente" lograda a través de las cuotas mensuales de amortización y el disfrute de dos o tres aparatos electrodomésticos de serie que llenan de júbilo a las amas de casa; he aquí el mundo "soñado" resultante del matrimonio tripartito del diseño, el capital especulativo y la publicidad. He aquí el "mundo soñado" que se entrega, junto con el "automóvil popular", los cigarrillos "Marlboro", las reinas de belleza, las radios de transistores y una que otra noticia política —bien decorada con desnudos; mercancía invitando al uso de tal o cual perfume francés—, a las clases explotadas sumidas en el desempleo, el hambre, la enfermedad y el hacinamiento, a fin de que este opio de los deseos produzca el sueño que hace olvidar la explotación.

35 *El Tiempo*, Bogotá, del 21 de mayo de 1972, pág. 7A; 17 de junio de 1972, pág. 12C; 8 de octubre de 1972, pág. 78. La bastardilla es nuestra.

Por su parte, el Estado capitalista no puede menos de utilizar el mismo lenguaje: si el Instituto de Crédito Territorial cambió el cartel publicitario: "Una casa propia para cada colombiano" por el de "una casa propia para cada familia colombiana" (lo absurdo del primero era evidente), su contenido permanece inalterado: la propiedad privada e individual de la vivienda. He aquí la máxima seguridad que el Estado da a los colombianos, consistente en 20 años de zozobra mensual por el pago de la cuota y permanente amenaza de desalojo por incumplimiento en el pago.

Pero el mensaje ideológico no nos es transmitido solamente a través de la vivienda y su publicidad, nos llega a través de las "cualidades" de otros objetos arquitectónicos y urbanos: la belleza de la iglesia parroquial con su esbelta torre que apunta el cielo y que nos hace esperar en la otra vida —en el paraíso—, el premio a la resignación en la pobreza de este mundo "ya que de los pobres es el reino de los cielos"; la solidez de nuestros cuarteles y cárceles que nos llenan de sano patriotismo al sentirnos defendidos como colombianos tanto en nuestro honor nacional como en nuestros bienes, olvidando la represión ejercida sobre las masas populares y el desempleo y la miseria, orígenes de la delincuencia; la majestuosidad de los edificios que, como símbolos fálicos, cortan el azul del firmamento y nos cuentan los éxitos de tal empresa de aviación o cual empresa cervecera, textil, o petrolera, nacional o extranjera, belleza que ofrecida a los ojos ávidos de "toda la población", bien justifican el hambre de los obreros y sus familias cuyas huelgas han sido rotas por la legislación laboral, los contra-pliegos patronales y la "fuerza disponible". He aquí algunos ejemplos de la ideología transmitida por la obra arquitectónica y que difícilmente pueden ser ocultados por las "teorías" del diseño y la forma arquitectónica o por los discursos acerca del "contenido estético de los símbolos" o el "contraste entre la horizontalidad de los volúmenes y la verticalidad de los elementos de fachada".

De entre las ruinas de los inquilinatos y de las viviendas humildes destrozadas por los *bulldozer* que anuncian el paso de una nueva avenida, surge el último ejemplo —de este artículo y no de la realidad— de la utilización de la ideolo-

gía urbanística vulgar como instrumento de dominación de clase: "el desarrollo vial y la renovación urbanos" que expulsarán de sus antiguas residencias —por la razón o la fuerza— a los habitantes cuya localización central les permitía la subsistencia a través de la mendicidad, el comercio callejero, la venta de loterías, etc., son presentados a la "opinión pública" como obras de desarrollo, modernización y embellecimiento. Se oculta bajo esta fraseología su carácter de proyectos de verdadera guerra de reconquista del centro urbano, realizada por el capital monopolista y el Estado. Se logra así, muchas veces, que sus víctimas se extasíen pocos meses después ante las torres de hierro y vidrio o las vitrinas donde se exhiben los productos de lujo que nunca han de consumir, reconstruidos sobre los restos de sus viviendas de antaño que sucumbieron ante el avance arrollador de la reconquista del centro urbano por el capital; al tiempo que aplauden, víctimas de su incónciencia, a los gestores y beneficiarios del proceso de apropiación privada y monopólica de ese centro urbano creado colectivamente por ellos.³⁶

El último remanente de neutralidad del diseñador-artista o del técnico-urbanista muere acá, en el campo extenso y lleno de la ideología arquitectónica y urbanística vulgar —parte de la ideología burguesa—, que él ha ayudado a crear con su colaboración con el capital y la publicidad y que reproduce diariamente —en el mármol y el bronce, aluminio y vidrio o Eternit y bloque de cemento— y por años en sus obras o a través de sus alumnos en la docencia universitaria. Esto es así, objetivamente, al margen de la voluntad individual, ya que todo técnico, en cuanto técnico, está al servicio de las relaciones de producción dominantes en la sociedad en cuyo seno desarrolla su práctica particular.

³⁶ Véase Pradilla, Emilio, art. cit., apartado IV, "La renovación urbana: una 'guerra santa' del capital para la reconquista del centro urbano".

4. El papel de la escuela en la reproducción de los arquitectos y urbanistas

A. *La relación general entre escuela y sociedad en el capitalismo*

Reiteremos: existen en la base de la interpretación que aquí formulamos de la "crisis" en las prácticas docentes y en las teorías en uso en nuestras escuelas de arquitectura y urbanismo dos problemas bien ligados entre sí. El primero adquiere cuerpo si caracterizamos esta "crisis" como la resonancia, dentro de este particular dominio de la escuela y del saber burgués, de cierto cortocircuito en el funcionamiento general de la academia burguesa, producto de una coyuntura determinada de la lucha de clases. Este cortocircuito revistió la forma de una sospecha espontánea de las masas estudiantiles acerca del real carácter de clase de la ideología burguesa, justamente allí donde, como lo proclaman muy alto sus guardianes, no puede ser pasible de sospecha: la Universidad. Cual si fuese la mujer de César la ideología dominante en la Universidad adquiere, en circunstancias "normales", la condición de insospechable, arraigada en su forma de legitimación consistente en postularse como un cuerpo científico y técnico al servicio del hombre y del progreso de la especie, sin compromisos ni favoritismos hacia mundanos intereses materiales en conflicto.

El otro problema es el de interpretar científicamente cuáles son las reales condiciones en que funciona, en nuestra sociedad, la cadena que relaciona la ciudad como fenómeno producto de la práctica social general, la arquitectura y el urbanismo como prácticas específicas, la naturaleza de sus agentes y las condiciones de reproducción de los últimos y de las primeras. No resulta reiterativo señalar que tal interpretación ha encontrado sus condiciones de posibilidad efectiva en el cuadro de nuestra sociedad en cuanto ocurrió la "crisis" a que aludimos.

En fin, lo que sigue es dilucidar el papel de las escuelas de arquitectura en la reproducción de arquitectos y urbanistas.

Uno de los rasgos específicos de las modernas sociedades burguesas es la separación entre trabajo y aprendizaje, entre escuela y taller. A diferencia de otro tipo de sociedades, los individuos insertados en aquellas en las que predomina el régimen de producción capitalista se ven obligados a separar —en el tiempo y en el espacio— el trabajo productivo, del proceso de asimilación del saber que permite justamente manipular con eficacia los instrumentos que intervienen en las actividades requeridas para el funcionamiento global de la sociedad. Es en la sociedad burguesa donde esta distinción se hace dominante, donde adquiere una relevancia significativa la *categoría social de los estudiantes*, formada por individuos separados del trabajo durante un lapso más o menos considerable de su vida, y donde el sistema escolar es una institución social de reconocida importancia, pilar de una idea de democratización del saber, orgánicamente ligada a la proteiforme realidad de la democracia burguesa.

Las determinaciones de carácter social que operan como núcleo de este fenómeno son muy complejas, pero resulta posible demostrar que aquella que juega un papel fundamental se halla en el tipo de *sistema relaciones sociales de producción-fuerzas productivas*, específico del modo de producción capitalista. Recordemos con Marx que ese sistema es el que permite a las sociedades donde predomina dicho modo de producción, un generalizado intercambio con la naturaleza, base material de su existencia. Recordemos además que en su interior es donde ocurre lo fundamental del

proceso de explotación de la clase obrera. Pero habría que ir más allá en nuestro propósito de esclarecer el punto en cuestión y detenernos en el examen de algunos de los rasgos que especifican este doble y único proceso de apropiación de la naturaleza y de explotación del trabajo, y en particular reconocer que en él ocurre aquello que suele designarse como supeditación real del obrero al capitalista. Esto es, que en el modo de producción capitalista, en virtud del carácter particular del proceso de trabajo —cooperación compleja que requiere de un obrero colectivo— y del medio de producción típico: la fábrica, el obrero individual (despojado de los medios de producción) sólo puede emplear en forma socialmente útil su fuerza de trabajo a condición de someterse a la voluntad del capitalista individual, que lo recluta para formar parte de la legión de obreros requerida para reproducir su capital y apropiarse de la plusvalía por medio del proceso de combinar ciertos medios de producción y cierta magnitud de fuerza de trabajo. El es quien decide, en su calidad de propietario, cómo, cuánto y qué producir y cuántos obreros contratar o cuántos licenciar, etc. Es este poder del capitalista individual sobre la masa de obreros que contrata (poder que entre otras cosas no brota de su subjetividad sino de su papel como agente del capital) una de las condiciones del funcionamiento del proceso del trabajo en cuanto tal, definido por Marx como una *función de control* indispensable al mismo.

Esta situación es vivida por el obrero como un destino inapelable que lo excluye sistemáticamente del ejercicio del control del propio proceso de trabajo, del cual él es el elemento vivo indispensable. Más aún, a cada grado de desarrollo del capitalismo corresponden ciertas relaciones entre la fuerza de trabajo y los medios de producción, las cuales configuran un determinado *sistema de relaciones técnicas de producción*, cuya naturaleza está determinada doblemente por la tendencia a la concentración del capital y por la aplicación de la ciencia y de la técnica al proceso, posibilitantes ambas de una exclusión progresiva de la fuerza de trabajo y necesitadas de la existencia de un batallón especial de técnicos y científicos ocupados permanentemente en el estudio de las condiciones de la producción y de su trans-

formación incesante, sobre la base de la aplicación de los nuevos descubrimientos científicos.

Significa lo dicho que el régimen de producción capitalista establece, en virtud de sus propias condiciones de funcionamiento, una separación radical entre los trabajadores manuales y los trabajadores intelectuales. En cuanto a los primeros, son condenados inexorablemente a trabajar en condiciones que no pueden controlar, reduciéndose inclusive su trabajo de manera progresiva a operaciones manuales muy simples; para los segundos se reservan las actividades de prefiguración y transformación de la relación entre elementos del proceso productivo. Claro está que esto último se da sobre la base de las condiciones que determinan la propiedad privada capitalista y la composición orgánica de capital promedio de un momento dado.

Para el obrero, la fábrica es el espacio del ejercicio de la voluntad despótica del capitalista individual, representada la más de las veces por las voces autoritarias de supervisores y capataces. Es asimismo el espacio del despliegue de la actividad organizadora de una legión de técnicos, apareciendo ambas operaciones como diferentes de la propia y como determinantes de una manera específica de emplear su fuerza de trabajo. En cambio para el técnico, la fábrica es el espacio de su actividad intelectual, “naturalmente” separada del trabajo manual.

Tales son las características más importantes de la división entre trabajo intelectual y trabajo manual en el capitalismo. Pero conviene agregar una última palabra para explicar el por qué de las distinciones de espacio, tiempo y agentes entre trabajo y aprendizaje.

El capitalista individual compra fuerza de trabajo, tanto la simple como la compleja, en un mercado al cual ellas no ingresan por milagro. Muy por el contrario, existe en la sociedad burguesa una institución muy especial que se encarga de suministrar, en sus diversos grados de calificación, la cantidad de fuerza de trabajo requerida por el capital en sus diversas formas: *el aparato escolar*. Nos encontramos aquí con la explicación acabada del fenómeno, por cuanto es el Estado el que se ocupa en lo fundamental de brindar esta calificación, la cual constituye ella misma un proceso de

producción de mercancías que implica el empleo de cierta masa de capital. El Estado, por la vía de los impuestos, socializa aquello que es un gasto del cual habrían de hacerse cargo en otras condiciones los capitalistas individuales.

En resumen, las razones que explican la distinción entre escuela y unidad productiva son: la específica división social del trabajo en el seno de la sociedad burguesa y la función del estado capitalista de socializar ciertos gastos indispensables para que los capitalistas individuales cuenten con las condiciones apropiadas para la explotación del trabajo y la acumulación del capital. Esto determina que el aprendizaje se realice fuera de la unidad productiva y que se abra entre la escuela y la fábrica la mediación del mercado.

No es necesario señalar que la llamada escuela privada no contradice esto, en la medida que ella misma es una empresa capitalista a la cual concurren, en sus diversos niveles, quienes pretenden lograr una capacitación que les permita competir en mejores condiciones en el mercado de fuerza de trabajo.

En fin, corresponde ahora describir globalmente las funciones de la escuela burguesa para dar cabida a una idea más completa de su papel en la sociedad capitalista.

Hacer tal cosa significa explicitar que su tarea de formar cuadros intelectuales no se agota en el marco de las exigencias del régimen de producción material, porque ella es más compleja y sólo llegamos a considerarla en su totalidad remitiéndonos a las condiciones de orden social, político e ideológico dentro de las cuales esta producción es posible.

Nos estamos refiriendo, obviamente, a las clases sociales y a sus conflictos, a la dominación política de una de ellas sobre las otras y al instrumento que la materializa: *el Estado*; e igualmente, al sistema de ideas compartidas que integran una determinada manera de interpretar la naturaleza y la sociedad, cuerpo y forma de la conciencia social: *la ideología*.

En relación a estos aspectos se nos hace claro que la escuela cumple funciones políticas e ideológicas relevantes. Asumiendo en sentido restringido la relación entre la escuela y estas instancias, vemos que ella se encarga de la producción de los cuadros intelectuales que son exigidos por los aparatos

estatales, tanto ideológicos como políticos. En sentido amplio su tarea es imponer a quienes concurren a ella la ideología burguesa dominante. De lo cual, por otra parte, no escapan ni siquiera los cuadros técnicos y científicos, porque al tiempo que allí se les suministra cierto saber relacionado con las condiciones técnicas de la producción, se le imprime a éste una forma que no entra en conflicto con el dogma de que la sociedad burguesa es el mejor de los mundos posibles o, cuando menos, el único posible.

Es obvio que esta fe laica disciplina, por la vía del convencimiento y del autocontrol, a los ejércitos de modernos esclavos asalariados, que así se resignan a la opresión y miseria sin cuento que acarrea para ellos el desarrollo del capitalismo.

Por lo demás, a los miembros de la burguesía y de las demás clases explotadoras, la ideología les proporciona un marco sistemático de sus conductas y prácticas, coherente con su papel de funcionarios del capital, e incluso en cierto período histórico les suministró un fuerte optimismo en el brillante porvenir de la sociedad burguesa.

Pero dejemos esto y echemos un vistazo crítico a la función política de la escuela, la cual no es poca si tomamos en consideración la forma en que contribuye a producir la aceptación del sistema de dominación política existente, transmitiendo la idea del Estado capitalista como neutral y simple regulador de la vida social, aleccionando acerca del altísimo papel de la ley y de lo conveniente que es para los ciudadanos portarse según ella lo ordena y evitar aquello que prohíbe.

B. *La relación entre la escuela y el capitalismo en nuestra formación social*

En atención a las restricciones que este ensayo impone, nos limitamos a conferir carácter de premisa a la aseveración de que, por cuanto el régimen de producción dominante en esta formación social es capitalista neocolonial, la escuela correspondiente tiene idéntico carácter.

Sobre esta base resulta lícito aceptar que las formas de funcionamiento de esta institución en nuestra sociedad cum-

plen las determinaciones generales antes señaladas. Se nos abre así la posibilidad de comprender sus rasgos específicos.

En un interesante estudio de Germán W. Rama acerca de la educación superior en Colombia³⁷ se describen algunas características particulares de la escuela, a nivel superior, las cuales son importantes si las tomamos como síntomas que remiten a la problemática del funcionamiento del capital en nuestra formación social.

La primera es el bajísimo porcentaje de estudiantes que acceden al nivel superior, lo cual corrobora que el derecho a la educación para todos los colombianos, tan llevado y traído por los apologistas del régimen, es una falacia. Utiliza Rama en este punto algunos criterios para definir la extracción de clase de los estudiantes universitarios, que sin mayor esfuerzo de reelaboración podemos considerar probatorios de la pertenencia del grueso de los estudiantes a la *pequeña burguesía urbana*: "La desigualdad de oportunidades para la educación superior es una característica general y obstinada de las sociedades. Es necesario tener presente esta afirmación... ya que la universidad es como la representación invertida de la estratificación social...".³⁸

Interesa subrayar cómo Rama ha probado, por el expediente de las encuestas, que un buen porcentaje de los estudiantes universitarios proceden de familias donde alguno de los padres, o los dos, son diplomados universitarios. Esto nos permite insistir en que el aparato universitario, como instrumento complejo de calificación de fuerza de trabajo, es asequible en lo fundamental a la pequeña burguesía y en particular a aquellas capas de ésta que por efecto del desarrollo del capitalismo han perdido la propiedad de los medios de producción y se han integrado de manera progresiva al aparato burocrático del Estado y a la administración de las empresas capitalistas, tanto las del sector productivo como las de la esfera de la circulación y la banca. Es obvio que

esto corrobora la existencia en nuestro país de la tendencia del capital a disolver la pequeña burguesía y a empujarla ya sea a las filas de un creciente proletariado, ya sea a la condición de siervos intelectuales del capital.

Rama establece una tipología que le permite agrupar las numerosas universidades del país. Entiende que el carácter popular de la enseñanza, de existir, podría probarse con respecto a la Universidad Nacional, por su índole de universidad estatal y en el supuesto de que es el principal instrumento de una política oficial de democratización a nivel educacional.

Sobre este supuesto adelanta una investigación estadística acerca de la estratificación socioocupacional de padres y estudiantes de la Universidad Nacional, que le permite hacer algunas inferencias, de las cuales las más interesantes son:

- 1) la Universidad Nacional se caracteriza por el predominio de los "sectores medios" en la composición de su matrícula. Su peso es de casi un 80 % del total...;
- 2) el sector "popular", caracterizado por padres asalariados en ocupaciones manuales, está representado por sólo el 7,2 % de la matrícula;
- 3) el sector "superior" —con el 14,1 % de la matrícula—, en una sociedad donde la educación universitaria está limitada a un número tan pequeño de personas, sugiere la existencia de un fenómeno que luego se analizará y que consiste en el traslado de las clases altas a las universidades de alto prestigio social.³⁹

Dentro del estudio descriptivo de Rama son susceptibles de ubicación algunos hechos que por lo demás no se explican por sí mismos. Tal el caso de la emigración significativa de individuos con formación universitaria hacia los países metropolitanos y, en particular, hacia los Estados Unidos, fenómeno que la prensa suele designar corrientemente como "fuga de cerebros" y que da lugar a supuestas o reales preocupaciones patrióticas de ciertos núcleos del aparato del Estado, y que en una perspectiva analítica de la relación

³⁷ Véase Rama, German W.: *El sistema universitario en Colombia*, Ediciones de la División de divulgación cultural de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1970.

³⁸ Idem, pág. 72.

³⁹ Idem, pág. 80.

entre el aparato escolar y el conjunto de nuestra formación social, aparece muy ligado con otros fenómenos, tales como el desempleo profesional abierto y el desajuste entre la capacitación recibida en la universidad y las labores efectivas que cumplen un buen número de diplomados.⁴⁰

Los hechos anteriores, verificados y enumerados, nos reenvían al carácter del desarrollo capitalista en nuestro país, que como ya se señaló implica una limitación efectiva a un desarrollo industrial sostenido y, en particular, no ha implicado la formación de un sector de industria pesada. A tales características habría que sumar que la dependencia establecida por estos mecanismos con la metrópoli imperialista de turno conlleva asimismo que nuestra industria ligera se vea obligada a recurrir a una composición orgánica de capital muy elevada, por lo tanto, a técnicas definidas por un empleo intensivo de mano de obra y una exigencia progresivamente decreciente de personal, lo cual añade un factor adicional a la incapacidad del sector industrial del país para absorber efectivamente la oferta de mano de obra siempre creciente, determinada, como también se señaló, por la descomposición de las formas de producción precapitalistas en la agricultura.

Estos rasgos específicos hacen que la oferta de personal calificado suministrada al mercado por el sistema universitario sea superior a la demanda efectiva que plantea el desarrollo del sector productivo, lo cual obliga a los egresados universitarios a ofrecer su fuerza de trabajo por un precio cada vez más reducido, o a buscar en la metrópoli mejores condiciones para su venta.

⁴⁰ Convendría hacer una aclaración adicional en el sentido de que hemos enfocado el análisis del aparato universitario desde el punto de vista de su carácter de instrumento de capacitación de fuerza de trabajo compleja, prescindiendo por tanto de considerar algo propio de algunos de los centros docentes de nivel superior más caracterizados: la calificación, en las funciones de dirección, de los integrantes directos de las clases poseedoras y dominantes. Tal el caso de las Universidades de los Andes y Pontificia Javeriana, en Bogotá, para citar ejemplos típicos.

Sin embargo, el aparato escolar, en sus múltiples funciones, no se reduce a cubrir la demanda de cuadros técnicos que la fracción productiva del capital requiere para su funcionamiento, sino que además los proporciona para las fracciones que operan en la órbita de la circulación de las mercancías y en el mercado de capitales.

Aquí encontramos el primer factor que determina la existencia de una contratendencia, por cuanto en el país se da una expansión del capital financiero y del especulativo, que mantienen entre ambos una exigencia sostenida, y con tendencia a ampliarse, de cuadros técnicos y de dirección.

El otro factor que cuenta en la contratendencia al desequilibrio agudo entre la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo altamente calificado, son las transformaciones operadas en el aparato de Estado. Este movimiento inscripto en el proceso de progresiva intervención del Estado en la vida económica y social, conlleva un crecimiento cuantitativo de los aparatos de Estado; esto resulta evidente en la proliferación de los institutos descentralizados y en el aumento vertiginoso de la burocracia estatal.

Para llenar estos puestos, las clases dominantes han convocado a la pequeña burguesía capacitada en las universidades. Esto, entre otras cosas, puede explicar que los diplomados ejerzan, en un porcentaje significativo, actividades para las cuales no fueron capacitados en la universidad, al insertarse en las filas de la burocracia estatal anónima. Un ejemplo ilustrativo de este proceso lo proporcionan los arquitectos, quienes reciben una formación académica básicamente orientada hacia el diseño de objetos arquitectónicos, con muy escasa relación con los "problemas urbanos", y que sin embargo se convierten en funcionarios de las múltiples oficinas de "planificación" que proliferan a todos los niveles del aparato estatal.

Paradoja, entre las muchas de la sociedad burguesa: la universidad califica a los cuadros para cumplir funciones muy delimitadas y éstos en su práctica realizan otras bien distintas.

En fin, habría que explicitar por último que el hecho de que exista, en términos generales, una oferta de fuerza de

trabajo calificada o compleja superior a la demanda es un rasgo no exclusivo del ámbito que tratamos, sino que pesa sobre todas las formas que reviste la fuerza de trabajo, dándose aún en términos más agudos respecto a la fuerza de trabajo simple. Por lo demás es uno de los elementos propios del modo de producción capitalista, elemento que explica la existencia de un "ejército proletario de reserva", el cual actúa sobre el precio de la fuerza de trabajo, tendiendo a reducirlo, permitiendo así una fluidez mayor de los capitales entre las diversas ramas de la producción, que —como es sabido— se desplazan constantemente en busca de aquella rama donde, por ciertas condiciones particulares, les es posible maximizar las utilidades.

C. *La relación general entre la ideología burguesa y la escuela*

La ideología burguesa dominante comparte con todas las ideologías de clase en general la característica de ser cierta manera de apropiarse de lo *real*, por parte de una sociedad donde la organización del trabajo prevaleciente implica la existencia de clases antagónicas y su lucha. Esta apropiación es permitida por un cuerpo sistemático de ideas que establece una relación de *ocultamiento* con la naturaleza y las relaciones sociales.

Decimos *ocultamiento* para designar cómo el mencionado cuerpo escamotea a la conciencia de los individuos los mecanismos y las leyes internas que rigen el funcionamiento tanto de la sociedad como de la naturaleza. Pero habría necesidad de ir más allá de esto, apartándonos de la idea muy arraigada de que la ideología es un conjunto de mentiras, también sistemático, que induce a engaño y desvía de la verdad.

Esta idea además figura desde antiguo en el pensamiento de Occidente, siendo identificable en reflexiones como la de Platón, acerca de que la verdad es lo reprimido, o más cerca de nosotros, en las concepciones cristianas de la revelación, como reencuentro del hombre con la palabra de Dios, que

lo restituye a la *verdad* y lo *redime* de los engaños a que el mundo y la inmediatez de los sentidos lo condenan.

Justamente por su preeminencia y su arraigo vale la pena esclarecer con todo rigor la naturaleza problemática de la relación entre la ideología y lo real.

Esta relación puede ser pensada bajo los términos de la fórmula paradójica de que la ideología es una distinción en el interior de lo real que oculta lo real mismo. Vale decir que la ideología es tan real como los mecanismos que oculta y, más aún, que es condición de existencia de los mismos.

Una ilustración de esta tesis nos la ofrece la ideología burguesa dominante en las formaciones sociales capitalistas, que cumple el papel de ocultar la explotación del trabajo asalariado a la conciencia de sus víctimas, constituyéndose así en una de las condiciones de existencia de la misma explotación que, evidentemente, no sólo requiere de cierto sistema de relaciones sociales-fuerzas productivas, sino que el mecanismo entero *permanezca oculto*.

Dentro del análisis ya particular de la ideología burguesa, resulta preciso considerar una serie de diferenciaciones internas, de las cuales una de las más destacadas es la existente entre el sentido común y las elaboraciones teóricas.

El sentido común está constituido por aquellas ideas que la generalidad de los hombres se hacen acerca de sí mismos y de su relación con los otros y con el mundo circundante. Ellas revisten una forma espontánea e inconexa, asistemática, configurando un saber empírico, que guía "naturalmente" a los individuos en el laberinto de la proteiforme realidad fenoménica y que es una de las condiciones de su articulación con las diversas prácticas sociales (ideología vulgar).

Ahora bien, por asistemático no hay que entender aquí que estas ideas carezcan de una lógica interna, sino simplemente que no adquieren el grado de organización y de relación sistemática que es propio de los discursos teóricos.

Estos últimos componen un vasto campo donde se despliega la actividad de los pensadores profesionales de la sociedad burguesa, el resultado de la división social del trabajo entre intelectual y manual, ya analizada. Podemos designar a este campo como el del saber teórico, ligado íntimamente a las

funciones de dominación y de explotación en el capitalismo. Tiene su asiento privilegiado en la escuela, pero sobre todo en la Universidad, cuyo oficio —por todos sabido— es producirlo y transmitirlo. A su vez exhibe un conjunto complejo de diferenciaciones internas, que parece encontrar su explicación (según se postula silenciosamente) en las múltiples realidades de las cuales se ocupa la actividad investigativa; tal es el caso del cuerpo humano, de la sociedad, del espacio arquitectónico, etc., asumidos como otros tantos objetos diferenciados que permiten y reclaman la reflexión sistemática de los sabios. Son considerados, por lo demás, realidades preexistentes y productos finales de los discursos teóricos.

Otra idea implícita que se tiene sobre éste conjunto de diferenciaciones es la de que constituye la determinante última de las divisiones académicas en los *pensums* universitarios. Se sostiene así que es la libre actividad investigadora la que posibilita la existencia de esa abigarrada multitud de “materias”, la cual por la sola virtud de su presencia confiere a la universidad el carácter de centro incuestionado de un saber universal y totalizador.

Curiosa tautología esta que escamotea hábilmente lo real, pero que encuentra su sentido en el papel prosaicamente ideológico que en verdad cumple cuando sostiene y reproduce la idea del saber universal, desligado de los mecanismos de la sociedad dividida en clases antagónicas. Porque lo que pretende ocultar en definitiva es que el saber teórico tiene un sello de clase y que responde en sus formas y en sus distinciones internas a las exigencias de funcionamiento de un sistema de producción social históricamente determinado.

Y esto es así porque aquel no encuentra su validez en la actividad científica, capaz ella sí de construir objetos específicos y diferenciados, sino en los requerimientos del mercado capitalista, en donde tiene lugar la demanda que las diversas prácticas empíricas sociales hacen de ciertas magnitudes de fuerza de trabajo calificada, no en función del conocimiento, sino en función de las necesidades “teóricas”, indispensables para el funcionamiento de procesos productivos particulares.

D. Las “teorías” ideológicas del diseño como parte de la ideología burguesa

Habiendo llegado a este punto es posible realizar un análisis detallado de los mecanismos de las escuelas de Arquitectura y Urbanismo, contando con las proposiciones generales ya desarrolladas acerca del carácter de la relación compleja entre la escuela y el conjunto de la sociedad burguesa.

Señalamos en las primeras páginas de este material algunos rasgos propios de las Escuelas de Arquitectura: papel central del diseño en los programas de estudio, tipo de personal docente, desfasaje entre el tipo de formación y la demanda efectiva del mercado, etc., que remiten a las formas que adopta el funcionamiento de estas escuelas, las cuales no revisten mayor interés analítico. Nos parece en cambio más fructífero examinar la relación existente entre la ideología burguesa en general y aquellas “teorías” de común aceptación en las escuelas de arquitectura y urbanismo, como fundamentos de la formación de los alumnos-diseñadores.

Dos son las tendencias ideológicas predominantes en dichas “teorías”: una es el *humanismo* y la otra el *racionalismo*. Veámoslas de cerca, a través de sus combinatorias más cotizadas.⁴¹

El “organicismo”, una particular expresión del humanismo burgués

La tendencia humanista aparece representada con particular preeminencia por el pensamiento y la obra de arquitectos de reconocida fama, como Frank Lloyd Wright, Alvar Aalto, los Saarinen, e incluso teóricos como Bruno Zevi. Analizaremos acá las formulaciones del más caracterizado de sus exponentes: Wright.

El discurso wrightiano, como todos los discursos huma-

⁴¹ Las limitaciones de espacio nos impiden retomar acá los textos sobre los cuales se apoya el análisis; nos limitaremos a dar la referencia bibliográfica.

nistas, parte de una particular concepción de esa innegable evidencia que es la existencia del ser humano. Su *Hombre* —con H mayúscula—, eterno e inmutable, está dotado de una *esencia* que se prolonga a lo largo de toda la historia como fuente de su propia justificación y motor del desarrollo de la humanidad: su *individualidad*, la cual no surge de su propia existencia biológica —a pesar de ser “orgánica”—, ni de la particular inserción del hombre en el conjunto de relaciones sociales; es un atributo de su *alma* y su evangelio es la *democracia*.⁴² Esta concepción esencialista, lineal, metafísica del hombre permite a Wright recorrer en raudo vuelo la historia de la humanidad sin detenerse siquiera un segundo en las profundas transformaciones sufridas por el organismo humano desde los primates o en las particularidades que ha adoptado su “individualidad” y la “democracia” en las comunidades primitivas, las sociedades esclavistas, la servidumbre feudal, o las dictaduras fascistas u otras de nuestro siglo, que parecerían la obra de un diabólico espíritu burlón que, acompañando a Wright en su vuelo, se entretuviera en hacer que ese “hombre ideal” no se diera nunca.

¡Pero no! Nos equivocamos. Ese hombre verdadero floreció una vez en la historia *norteamericana*,⁴³ en tiempos de la agricultura de pequeños granjeros, de la conquista del Far West y del capitalismo de libre competencia: el “buen capitalismo”. ¿Qué lo destruyó? El egoísmo malvado, la acumulación de la propiedad de la tierra y del capital, la guerra de todos contra todos por el poder y la riqueza, otros tantos rezagos del despotismo, el pensamiento feudal (!!!)⁴⁴ y el “anárquico poder de la máquina” que, al imponerse sobre toda la sociedad, esclavizó al mismo tiempo a sus poseedores y a sus manipuladores, a “empleadores” y “empleados”, entre los cuales la única diferencia es de nivel, siendo quizás más

42 Véase Wright, Frank Lloyd: *La ciudad viviente*, Compañía General Fabril Editora S. A., Buenos Aires, 1961, págs. 26, 46 y sigs.

43 Wright, F. L., ob. cit., pág. 46.

44 Wright, F. L., ob. cit., págs. 30, 40, 90 y 91.

infelices los primeros que los segundos (!!!).⁴⁵ ¿Y los pobres?, ellos son los “más afectados” por esos tres rezagos feudales, “artificiales” e “ilegítimos” que son la “renta de la tierra”, la “renta del dinero” y la “renta de las ideas”.⁴⁶ Y como resultado de toda esta combinación monstruosa, el coche de la producción se ha colocado delante del caballo del consumo.⁴⁷

Curiosa y “vulgar” interpretación de la historia y de las leyes de la economía capitalista la que nos ofrece Wright. Ella le permite, sin embargo —además de sustentar “teóricamente” las soluciones que luego nos ofrecerá— escamotear una que otra realidad del capitalismo, postularlo como el mejor y más igualitario y democrático de los sistemas sociales posibles, y reducir todas sus contradicciones internas y las relaciones de dominación y explotación que lo caracterizan a simples rezagos de épocas pasadas. Se esfuman así, al menos en la mente de Wright y de sus epígonos, algunos hechos que no dejan de tener su importancia: 1) que la sociedad capitalista, aun aquella idílica que nos describe, surge sobre la base de la expropiación violenta de la tierra y de los medios de producción a la mayoría de la población y su concentración en pocas manos: las de los propietarios capitalistas; 2) que la única libertad que queda a los expropiados “empleados” —trabajadores asalariados, para hablar correctamente— es la de vender su fuerza de trabajo y someterse a la explotación de los propietarios para poder subsistir, relación que dista mucho de ser “igualitaria y fraterna” o simplemente de nivel; 3) que la ganancia es el motor de la economía capitalista, la acumulación-concentración de capital su condición necesaria e insoslayable y la “fuente de vida” del sistema; 4) que la máquina es uno de los instrumentos utilizados por el capital para esclavizar el trabajo asalariado y apropiarse de la plusvalía por él generada;

45 Wright, F. L., ob. cit., págs. 64, 91 y 148 y, del mismo autor, *El futuro de la arquitectura*, Editorial Poseidón, Buenos Aires, 1958.

46 Véase Wright, Frank Lloyd: *La ciudad viviente*, ob. cit., pág. 148.

47 Wright, F. L., ob. cit., pág. 19 y sigs.

5) que su creciente desarrollo, resultante de la guerra inevitable librada por unos capitalistas contra otros por el mantenimiento de la tasa media de ganancia, lejos de ser en sí misma "mala" constituye uno de los mayores avances de la humanidad; pero que su apropiación privada y su utilización en la producción capitalista las convierte en instrumentos materiales de la esclavitud de las masas, al tiempo que impide el libre desarrollo de las fuerzas productivas sociales; 6) que en la relación dialéctica entre producción y consumo, instantes de un mismo proceso, la producción es el momento determinante y el punto de partida, ya que es en ella donde se genera la plusvalía, sobre cuya apropiación por el capital gravita todo el sistema; 7) que las mal llamadas "tres formas de la renta": la renta del suelo que cobra el terrateniente al arrendatario capitalista, el interés del dinero recibido por el capital financiero y bancario, y el precio cobrado por los monopolizadores de la ciencia y la técnica, logran su máximo desarrollo en la sociedad capitalista que Wright conoció y forman parte del trabajo impago extraído al obrero; 8) que esa relación de explotación del trabajo asalariado por el capital es la causa de la pobreza y que por más que Wright lo quiera, "empleadores" y "empleados" no son iguales; 9) que es imposible escamotear el conflicto antagónico que enfrenta objetivamente a las clases sociales —como lo demuestra la historia— y que no es la colaboración de ellas, sino su disolución, posible por la victoria de los explotados sobre los explotadores, conjuntamente con la disolución del Estado capitalista y la transformación de las relaciones capitalistas de producción, lo que abrirá la vía a la solución de la problemática planteada. Finalmente, como si faltaran argumentos, ya no es posible ocultar detrás de la fronda de similares discursos humanistas, el hecho de que Norteamérica, ese presunto escenario del milagro supremo de la humanidad y la democracia, ya en la época en que para Wright ocurrió, había iniciado ese proceso de dominación imperialista que la ha llevado a convertirse en la mayor enemiga de la libertad y la democracia en el mundo entero.

Sobre esta base evidentemente ideológica y encubridora, Wright dará su respuesta moralista a la pregunta: ¿qué es

la ciudad? La ciudad, resultado del proceso de desarrollo capitalista en su compleja realidad de proceso de industrialización, acumulación-concentración del capital, división social del trabajo y descomposición del campesinado, lugar del mayor desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, de la más rápida circulación de objetos-mercancías y de la más aguda explotación del trabajo asalariado, se convierte para Wright, léanlo bien, en "una enfermedad social", "monstruosa supervivencia del pensamiento feudal" y "encarnación del espíritu del mal": del "socialismo estatista", del "comunismo" y de la negación de la democracia (!!!).⁴⁸ Ante una necedad tal, lo mejor que puede hacer la ciencia es declararse sorda.

Pero de la "individualidad" y la "organicidad" de la raza humana, aunque traicionada muchas veces a lo largo de la historia, surge la solución a todos estos males: la "arquitectura orgánica". El hombre, como todas las especies animales, ha sentido la necesidad inalterable a lo largo del devenir histórico, de hacer arquitectura, y la respuesta, cuando ha sido válida, la ha encontrado en la reproducción de las formas naturales (mayas, egipcios, chinos, japoneses, persas); en cambio, los griegos, los romanos y los arquitectos modernos, han traccionado este ideal al abandonar la fuente de inspiración.⁴⁹ Pero la arquitectura orgánica lo reencontrará, reencontrará al hombre ideal y a la naturaleza y los reconciliará, liberando su "individualidad" de la opresión del maquinismo.⁵⁰ Encontramos acá, al lado de la metafísica humanista, la ficción ideológica de que el "mal" está en las cosas y que al transformar éstas, transformamos al mismo tiempo a la sociedad. Y puesto que los arquitectos son los agentes del reencuentro y de la redentora transformación de los objetos, son ellos, por encima de la política o más allá de ella, los encargados de transformar la sociedad, de construir la so-

48 Véase Wright, Frank Lloyd: *El futuro de la arquitectura*, ob. cit., pág. 127 y *La ciudad viviente*, ob. cit., págs. 12, 19 y 90.

49 Idem, págs. 26, 28 y 31.

50 Ob. cit., *La ciudad viviente*, págs. 21 y 147.

ciudad "libre, democrática y feliz" en la ciudad feliz: Broadacre City.

Para construirla, basta retornar a la producción agrícola y artesanal del pasado en una sociedad de pequeños propietarios, donde cada uno posea un acre (4.000 m²) y una casita rodeada de jardines.⁵¹ Retorno a la granja agrícola del pasado, universalización de la pequeña propiedad, retorno al artesanado, destrucción de la gran industria, estancamiento de las fuerzas productivas; he aquí las soluciones que brotan de la reaccionaria ideología pequeño burguesa que se oculta detrás de la exuberante literatura wrightiana. ¿Cómo lograrlo? Basta ir creando miles y miles de ciudades iguales, la gente seguirá la flauta encantada de Wright y de los arquitectos orgánicos, los terratenientes cederán sus propiedades, los capitalistas dejarán de explotar a sus obreros y repartirán sus medios de producción y todos, explotadores y explotados unidos, transformados por la agricultura y el nuevo entorno orgánico, verán esfumarse las relaciones capitalistas de producción —las malas, claro está— ante el empuje arrollador de la transformación de los objetos. Bello argumento este para una novela de ciencia-ficción.

Curiosa paradoja de la historia: Wright encuentra así a sus odiados socialistas utópicos que, muchos años antes y basándose en una crítica de la sociedad capitalista bastante más seria, habían pensado, creado y visto morir sus "falanstérios" (Fourier) y sus "ciudades modelos" (Owen). Los unen, de una parte, la común idea de redimir a los pobres y a la sociedad en su conjunto gracias a la transformación de las cosas, y de otra, el retorno a la naturaleza;⁵² unión posible entre pensamientos tan dispares gracias al idealismo común y al desconocimiento de la realidad objetiva de la sociedad capitalista. Los separan sin embargo muchas cosas: mientras Owen, Saint Simon, y Fourier, precursores idealistas del socialismo científico, pretendieron liberar a la clase

51 Idem, págs. 12, 65 y 85.

52 Véase, Choay, Françoise: *L'Urbanisme, utopies et réalités*, Editions du Seuil, París, 1965, págs. 89 a 105.

obrero de su condición de explotación,⁵³ Wright, continuador del pensamiento humanista burgués, contribuyó con su práctica arquitectónica al incremento de ella. Veamos algo de su ingrátido pensamiento al respecto:

"Downs: ¿Y cuáles son los factores más importantes en la construcción de una fábrica?

Wright: Creo que los valores humanos implicados, o sea la vida de los obreros. No entiende por qué no resulta más conveniente hacer felices esas vidas. *En esa forma, serán más productivas.* Tal como lo descubrimos al construir el edificio para las oficinas Johnson, el medio trae como consecuencia un aumento de la eficiencia por parte de los empleados. Si éstos se sienten orgullosos del medio en que trabajan y felices de estar allí, y si ese medio les da algún orgullo y dignidad, todo termina en un beneficio en lo que a resultados se refiere... Podríamos decir que se trata de una buena inversión ¿no es cierto? ¿Y acaso en nuestro país las ganancias no son las que deciden las inversiones? Bien, aún cuando se lo considere desde este punto de vista, un medio ambiente sano y cómodo, del cual los trabajadores pueden sentirse orgullosos, producirá ganancias."⁵⁴

El "funcionalismo" y la racionalidad capitalista

En las escuelas de arquitectura y urbanismo, quien suele ser contrapuesto a Wright, tanto por su obra como por sus escritos, es Le Corbusier.⁵⁵ Se reclama para este último el mérito de salirle al paso, con buena dosis de coraje y pro-

53 Véase Engels, Federico: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, texto del cual existen numerosas ediciones.

54 Véase, Wright, Frank Lloyd: *El futuro de la...*, ob. cit., pág. 19.

55 Véase, Le Corbusier: *La ciudad del futuro*, Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1962 (LC. LCF.) y *Principios de urbanismo. La carta de Atenas*, Editorial Ariel, Barcelona, 1971 (LC. PU.). Aunque este texto corresponde al congreso de los C.I.A.M. celebrado en Atenas, fue redactado por Le Corbusier. (Las referencias se harán con respecto a los numerales y no a la página.)

visión de argumentos, al apasionado arquitecto del organicismo.

El pensamiento de Le Corbusier es el pensamiento de la razón, de la geometría y sobre todo de la función. Con él se inaugura esa preocupación creciente de los urbanistas por elaborar clasificaciones cada vez más acabadas que puedan ordenar el vasto caos de la ciudad capitalista. Clasificar funciones, ligarlas y/o separarlas, armar los espacios habitables como verdaderas máquinas, normativizar la organización urbana, he aquí las grandes líneas generadoras de la reflexión de Le Corbusier y el origen de sus divergencias con Wright.⁵⁶

Sin embargo, las diferencias se hacen sutiles cuando analizamos los soportes ideológicos de sus elaboraciones. "Organicistas" y "funcionalistas" se encuentran unidos en muchos aspectos: en la concepción metafísica y ahistórica del hombre entendido como "individualidad" y fin último de la práctica del diseño;⁵⁷ al considerar la *familia*, tal como la conocemos en la sociedad capitalista, como el núcleo básico de la estructura social;⁵⁸ en su concepción vulgar del funcionamiento de la sociedad capitalista, ya que como Wright, Le Corbusier localiza los problemas de ésta en el "egoísmo de los hombres",⁵⁹ en el monopolio de la propiedad del suelo; en la dominación de la máquina sobre todos los agentes sociales;⁶⁰ en el "olvido" de las relaciones de producción y de las clases sociales y en el papel transformador asignado al urbanismo y a los urbanistas, mediante su acción sobre los objetos arquitectónicos y urbanos.

En Le Corbusier existe sin embargo el reconocimiento de un conflicto entre el interés privado y el "bien común". Pero su errónea concepción del Estado burgués como de-

fensor del "interés colectivo" y árbitro imparcial de los intereses en pugna, lo lleva a asignarle a éste y a los diseñadores que en él tienen su lugar natural, el papel de renovadores de la sociedad y guardianes de sus intereses de conjunto.⁶¹ Sus concepciones se apartan también en lo que respecta a la definición de la ciudad: para Le Corbusier y los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (C.I.A.M.) que él animaba, la ciudad debe ser entendida como *unidad funcional*, producto de las relaciones entre las cuatro funciones fundamentales: *habitar, recrearse, trabajar y circular*, de las cuales, la fundamental y que une a todas las demás es la de habitar;⁶² su desorden surge del maquinismo, de los intereses privados sobre la propiedad del suelo, de la debilidad de la administración pública y de la ausencia de urbanismo.⁶³

Esta concepción racionalista de la ciudad permanece tan prisionera de la ideología burguesa como la moralista de Wright. En primer lugar, su elección de la función fundamental se apoya simplemente sobre el expediente empírico del consumo del suelo y sobre su confusión acerca del papel social de la vivienda: lo que para el trabajador asalariado es simplemente un medio más de subsistencia y el lugar donde trata de evadir la esclavitud a que lo somete su situación económica y la alienación de la vida cotidiana en el consumo de mercancías, para los "funcionalistas" es el espacio privilegiado de la plena realización de la individualidad del hombre y la familia.⁶⁴ En segundo lugar, la función *trabajar*, como concepto abstracto que pretende englobar todas las prácticas sociales, carece de toda virtud analítica, ya que reduce a la misma generalidad realidades tan contradictorias como

56 Véase Wright, Frank Lloyd: *El futuro de la...*, ob. cit., pág. 129.

57 Le Corbusier: *Principios de...*, ob. cit., puntos 2 y 12.

58 Idem, punto 88 y Wright, Frank Lloyd, *La ciudad...*, ob. cit., pág. 88.

59 Le Corbusier: *Principios de...*, ob. cit., punto 10.

60 Idem, puntos 8 y 78.

61 Sobre la crítica del Estado burgués, véase Lenin, V. I., *El Estado y la revolución*, obra de la cual existen múltiples ediciones y Poulantzas, Nicos, ob. cit.

62 Le Corbusier: *Principios de...*, ob. cit., puntos 77, 79 y 84.

63 Idem, punto 94.

64 Véase Dato, Hoffman y Staino: "Ciudad del capital y territorio socialista", en *Ideología, Diseño y Sociedad*, nº 5, octubre de 1971.

el trabajo intelectual y el manual, el trabajo asalariado y el no-trabajo del capitalista y del rentista, el trabajo productivo y el improductivo, los trabajos-prácticas económicos, políticos e ideológicos. En tercer lugar, desconoce que en ese conjunto de prácticas sociales, es la económica la determinante, que en ella se diferencian, como instantes del mismo proceso, la producción, el intercambio y el consumo, siendo el primero el instante determinante; que tanto el trabajo, como la circulación y el consumo —incluido el de la vivienda y la recreación— son simples aspectos subordinados al doble proceso de producción de mercancías y reproducción del capital. En una palabra, esta clasificación funcional no explica la compleja articulación de los diferentes elementos que conforman las tres instancias del modo de producción y la formación social y las prácticas de clase que en ellas ocurren, con la organización también compleja de objetos materiales producidos e insertos en ellas. Conjunto complejo de elementos estructurales —por oposición a funcionales—, y de relaciones de determinación y sobredeterminación, cuyo esclarecimiento es el único capaz de hacer inteligible la realidad urbana.⁶⁵

En cuanto a la “anarquía” y al “desorden urbano”, ya hemos visto que no surgen de la ausencia de urbanismo, sino de la anarquía reinante en la división social del trabajo impuesta por la producción capitalista y la libre competencia de los objetos urbanos en el mercado. El urbanismo, lejos de resolverlos en beneficio de la “colectividad”, no hace más que mitigarla dentro de los límites impuestos por los intereses encontrados de las diferentes fracciones del capital y de los terratenientes, haciendo recaer su costo sobre las clases no-propietarias. Independientemente de la buena voluntad de Le Corbusier, sus “principios de urbanismo” han sido el núcleo “teórico” y operacional sobre el cual se ha construido el moderno urbanismo que hoy por hoy y en todas las sociedades capitalistas —dependientes o dominantes—, sirve a los intereses de la burguesía a través de las “políticas urbanas”

⁶⁵ Castells, Manuel: *La question urbaine*, ob. cit., capítulo III, “*La structure urbaine*”.

del Estado: la *zonificación funcional*,⁶⁶ en su doble aspecto de zonificación de usos del suelo y de sectores del habitat, es el instrumento fundamental de la institucionalización y reproducción de la segregación social del habitat y de la apropiación por las diferentes fracciones del capital de la ciudad en su conjunto; y la *renovación urbana*, el “saneamiento y modernización” de esa “vergüenza de la ciudad” y “dominio de pobres diablos”.⁶⁷ los tugurios e inquilinatos del centro urbano, constituye hoy el fundamento ideológico y operacional del proceso de expulsión masiva de los explotados que habitan el área central, de su segregación en la periferia urbana y de la reconquista de ésta por el capital monopolístico inmobiliario y los estratos de altos ingresos.⁶⁸

Es esto, entre otras cosas, lo que explica el reconocimiento de que goza Le Corbusier entre la burguesía. Para ésta, el gran mérito de nuestro arquitecto-pensador es el de haber introducido la *racionalidad burguesa* en el diseño, haciéndolo operativo y poniéndolo a su servicio. El capital, cuando genera y consolida el sistema de producción de la gran industria, invade progresivamente la ciudad, que efectivamente se transforma en su soporte fundamental y arsenal gigantesco de sus condiciones de funcionamiento y reproducción. El contenido de este movimiento lo proporcionan leyes tales como la de la acumulación del capital y su correlato, el desarrollo urbano y regional desigual, la socialización de las fuerzas productivas y la constante amplificación de la división social del trabajo. Al mismo tiempo este movimiento real integra al circuito de producción-intercambio-consumo todos los objetos arquitectónicos y urbanos (pasados, presentes y futuros) bajo la forma de mercancías; doble proceso de apropiación de los valores de uso urbanos y de conversión de estos en mercancías que implica el sometimiento de la ciudad y de todos los objetos que la integran al sistema de relaciones sociales de producción-fuerzas productivas específico del capitalismo en su fase monopolista

⁶⁶ Le Corbusier: *Principios de ...*, ob. cit., punto 8.

⁶⁷ Idem, puntos 22 y 36.

⁶⁸ Véase el capítulo I de este ensayo y su nota 8.

actual: la producción en masa de objetos racionalizados, normalizados, homogeneizados, en sus pesos, medidas y colores, sometidos al *diktat* de los costos mínimos de producción y la maximización de la ganancia; la adecuación de todos los objetos urbanos (calles, edificios, parques, monumentos, etc.) a los imperativos de la producción y de la acelerada circulación mercantil, incluida la circulación de aquellas mercancías que además de su función en la circulación ligada a la producción y el intercambio, son el símbolo de la individualidad del hombre pensado por el burgués: los automóviles. Por esto, todo aquello que escape a esa racionalidad: producción artesanal, calles estrechas, laberínticos barrios heredados del pasado, monumentos históricos, edificios-símbolos, plazas públicas, etc. son enemigos que hay que destruir cueste lo que cueste.

En este contexto cobran sentido las alegóricas frases de Le Corbusier, que fuera de él, nos harían pensar inevitablemente en la quijotesca alucinación que confunde en la ancha pradera española molinos de viento con gigantes:

“La calle curva es el camino de los asnos, la calle recta es el camino de los hombres.”

“La calle curva es consecuencia de la arbitrariedad, del desgano, de la blandura, de la falta de contracción, de la animalidad.”

“La recta es una reacción, una acción, una actuación, el efecto de un dominio sobre sí mismo. Es sana y noble.”

“Una ciudad es un centro de vida y de trabajo intensos.”⁶⁹

Los ensayos sobre “síntesis del humanismo y el racionalismo

Cierta clarividencia, que va más allá del pensamiento vulgar que opone antagónicamente “organicismo” y “funcionalismo”, ha llevado a muchos arquitectos de reconocida fama a buscar la síntesis del humanismo y el racionalismo que en ellas subyace.

⁶⁹ Le Corbusier: *La ciudad del...*, ob. cit., pág. 17.

Aunque ligado al “funcionalismo” por una innegable identidad de principios, Walter Gropius, principal impulsor del Bauhaus, busca esa síntesis, ese “correcto equilibrio y coordinación entre el artista, el hombre de ciencia y el hombre de negocios”, entre el “elemento humano como factor dominante del diseño” y la “racionalidad como su elemento purificador”, demostrando en la práctica del diseño la compatibilidad de los supuestos ideológicos de ambas corrientes.⁷⁰ Desde entonces muchos han seguido su ejemplo.

Entre ellos, analizaremos lo que ha sido calificado como “el esfuerzo más importante para desarrollar métodos racionales y matemáticos en el manejo de los problemas del diseño”: el trabajo de Christopher Alexander.⁷¹ Una doble razón atrae nuestra atención sobre él: la reciente aparición de sus “teorías” en las escuelas de arquitectura, como respuesta a la subjetividad de las tendencias antes analizadas en lo que a metodología del diseño se refiere, y el prestigio de que goza entre la tecnocracia como el “diseñador del momento actual”, sustentado por su vasta “erudición”, ya que sus opiniones buscan la fuente de inspiración en las modernas corrientes de la sociología, la psicología, la antropología y la economía anglosajona, como así también la “modernidad” de su metodología del diseño en la cual introduce tanto la

⁷⁰ Véase, Gropius, Walter: *The new architecture and the Bauhaus y Arquitectura y planeamiento*, citados por García y Jiménez, ob. cit. Véase también “La Bauhaus”, en *Varios*, Comunicación, Madrid, 1972 y los artículos de Hannes Meyer escritos durante el período en que colaboró como profesor y director del Bauhaus. Meyer, Hannes: *El arquitecto en la lucha y otros escritos*, Gustavo Gili, Barcelona, 1972.

⁷¹ Véase, Alexander, Christopher: *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, Ediciones Infinito, Buenos Aires; *Comunidad y privacidad* (con la colaboración de Sergé Chermayeff), Nueva Visión, Buenos Aires, y sus artículos “La ciudad como mecanismo de sostén para los contactos íntimos” y “La ciudad no es un árbol”, publicados en *Cuadernos Summa*, Nueva Visión, n° 9, Buenos Aires (CA.1) y (CA.2). Nuestro análisis se basa fundamentalmente en estos dos textos por considerarlos una síntesis del pensamiento del autor.

matemática moderna (teoría de conjuntos), como la computación electrónica. Una tercera razón para realizar éste análisis es la admiración que nos causa que una síntesis tan ecléctica de humanismo burgués, historicismo, empirismo sociológico, psicología behaviorista, teoría de conjuntos, computación electrónica e “ingenuo” romanticismo, cause tanta admiración en los medios académicos.

Nos abstendremos de referirnos a su concepción metafísica y esencialista del hombre; a su interpretación “historicista” de la sociedad —o ahistórica si se prefiere— que, apoyándose en Redfield y en su “continuo folk-urbano”, le permite clasificar las sociedades en “conscientes de sí mismas” e “inconscientes de sí mismas” y localizar, en una maniobra intelectual fácil de imaginar, la sociedad capitalista como la primera forma “verdaderamente consciente de sí misma”;⁷² a su alusión a los males del “maquinismo; o al papel que le asigna a los diseñadores y al diseño en la solución de “los problemas urbanos”; temas ya tocados anteriormente. Centraremos nuestro interés en su “aporte”, partiendo de que los anteriores elementos bastan por sí solos para identificar la ideología que subyace en sus postulados.

Para Alexander, el mayor peligro que acecha a la ciudad moderna es el *síndrome de introversión autista*, caracterizado por la desaparición masiva de los mecanismos de sostén (los tres grupos primarios: familia extensa, grupo de juego de los niños, grupo vecinal de los mayores), de los *contactos íntimos*, causada por el repliegue de los individuos sobre sí mismos como reacción a las tensiones de la vida diaria, el logro de una gran “autonomía” individual y el surgimiento de una tendencia a la excesiva “privacidad”, típicos de la “sociedad moderna” y desconocidos en la sociedad tradicional. La desaparición masiva del *contacto íntimo*, “ese contacto estrecho entre dos individuos en el cual ambos se revelan mutuamente en todas sus debilidades, sin temor”⁷³ (amistad íntima o amor), conduce a la “soledad”, al *stress*, a la agresividad y a la generalización de las enfermedades men-

tales y de la delincuencia. Prueba evidente de ello es la correlación matemática positiva que se observa en los barrios bajos de las ciudades norteamericanas entre el número de individuos “solos”, la ausencia de contactos íntimos de éstos y los grados de delincuencia y enfermedades mentales.⁷⁴ En la medida que el fenómeno es masivo y la agresividad y las enfermedades mentales se generalizan, el síndrome se convierte en un peligro grave para la supervivencia de la ciudad y de la sociedad.

Peregrina lógica la de este discurso psicologista que convierte a la sociedad en una sumatoria de individuos cuya vida íntima se hace determinante del conjunto de relaciones sociales; que desconoce, por ignorancia y no por negación, el papel que juega en el surgimiento de las enfermedades mentales la *represión* ejercida en el orden político, económico, ideológico y “moral” por la sociedad establecida sobre los individuos (análisis desarrollado por la “otra” psicología: el psicoanálisis, a partir de los trabajos de Freud), y la determinación económica —desempleo, miseria— de muchas formas de delincuencia; y que utiliza como “prueba” una correlación matemática cuya simple inversión bastaría para demostrar la tesis contraria: que las enfermedades mentales conducen al aislamiento.

Hecho el diagnóstico de la “enfermedad de la ciudad y de la sociedad”, Alexander nos ofrece el remedio:

*Un individuo sólo puede ser sano y feliz si en su vida mantiene tres o cuatro contactos íntimos. Una sociedad solo puede ser sana si cada uno de sus miembros mantiene tres o cuatro contactos íntimos en cada una de las etapas de su existencia.*⁷⁵

Como la desaparición de los grupos primarios parece lamentablemente irreversible, es necesario que la gente se decida a cambiar su forma de vida y, simultáneamente, cambiar el entorno para hacer posible ese cambio. Es necesario, pues,

72 Cf. su *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, ob. cit.

73 Alexander, Christopher: *La ciudad como mecanismo de...*, ob. cit.

74 Idem, págs. 6 y 7.

75 Idem, pág. 5. Subrayado en el original.

que “la ciudad se convierta en un mecanismo de sostén de los contactos íntimos”.⁷⁶

La solución se revela a Alexander como la “dialéctica” ideológica y subjetiva del individuo que se decide a *cambiar*, a amar y a tener amigos íntimos, y las *cosas* que transformadas voluntariamente apoyan este cambio; ella flota en la inmensidad del espacio de las representaciones idealistas, muy lejos de la realidad objetiva de las determinaciones materiales en las cuales se insertan los agentes-apoyo de las formaciones sociales realmente existentes.

Empero de pronto se toca tierra. Se ofrece una solución material: la “célula-colina ideal”, cuya reproducción a lo largo y ancho de la ciudad hará posible el renacimiento y la multiplicación de los contactos íntimos y la superación de la soledad. Para ello se aíslan ciertas relaciones “fundamentales” que aseguran los contactos íntimos, el computador hace el resto.⁷⁷ En el caso que nos ocupa, ellas se reducen a 12 características cuya combinación, no desprovista de ingenio desde el punto de vista formal y funcional, da como resultado el entorno ideal buscado.⁷⁸

Un análisis, así sea rápido, de las características escogidas por Alexander en los dos casos presentados nos revela su carácter de Suma Ideológica que el computador, aun el más desarrollado, no puede convertir ni en objetiva ni en científica:

- Exaltación del *carácter exclusivo e individual* de la propiedad privada de la vivienda.
- Diferenciación, para marcar la *individualidad*, de cada vivienda con respecto a las demás.
- Acentuación de la *privacidad* que permite el despliegue de los contactos íntimos.
- Reducción de la *comunidad* a un exhibirse en el recibidor-vitrina.

⁷⁶ Idem, pág. 40.

⁷⁷ Alexander, Christopher: *Comunidad y privacidad*, art. cit.

⁷⁸ Alexander, Christopher: *La ciudad como mecanismo de . . .*, ob. cit., págs. 12 a 17.

—Determinación de las relaciones-distancia en función del *automóvil individual*.

Alexander retoma sin embargo el análisis de la ciudad desde otra óptica a primera vista más sugestiva y fructífera. En “La ciudad no es un árbol”, el autor intuye el hecho de que la ciudad es un conjunto estructural complejo formado por múltiples relaciones sociales, donde cada una determina la existencia de una “parte física fija” que le sirve de soporte material; que la segregación funcional introducida en el urbanismo por los Ciam y por Le Corbusier destruye la vida urbana —y acá parece negar la validez de su “célula-colina” de vivienda—; que el desconocimiento de la complejidad estructural de la ciudad y la segregación funcional han producido como resultado que las “ciudades nuevas” diseñadas por los urbanistas contemporáneos no correspondan a las complejas relaciones sociales surgidas del contradictorio proceso de división social del trabajo-socialización de las fuerzas productivas.

Sin embargo permanece prisionero del empirismo, del humanismo, de la concepción vulgar del funcionamiento de la sociedad capitalista y del idealismo:

—Su reducción de la complejidad estructural de la ciudad al ente matemático abstracto “Semitrama”, por oposición al “árbol”, le permite a lo sumo *describir* diferentes combinatorias de elementos estáticos y suministrar un modelo-representación al cual se le aplica un juicio de valor apriorístico del tipo “adecuación” o “no-adecuación”, tomando otro modelo preestablecido también abstracto. Se trata de un procedimiento empírico que no da cuenta ni del carácter objetivo de cada elemento, ni de los niveles de su determinación, ni de las relaciones reales que se establecen entre ellos, y menos aún, de las leyes del movimiento real y dialéctico de cada uno y del conjunto de la estructura urbana.

—En su análisis, todos los elementos estructurales, todas las relaciones sociales, todas las prácticas —que para Alexander son individuales y no de clases sociales— se igualan, se nivelan, al tiempo que desaparecen las relaciones de

determinación, sobredeterminación, dominación y oposición que las articulan: en el “sistema” o “conjunto” tienen la misma importancia “el perro del vecino”, “mi tarro de basura”, “las corrientes económicas que abastecen a San Francisco”, “la visita de Bob Hope”, “lo controlado por la administración pública”, “el desplazamiento entre el quiosco de periódicos y la farmacia” o la “circulación comercial”, etc.⁷⁹ Tal reducción, necesaria quizás para la manipulación matemática y cibernética —sobre esto nos declaramos ignorantes—, *evidentemente no permite comprender absolutamente nada de lo que realmente ocurre en la ciudad y en la sociedad.* Si en una tabla de estadísticas de población, Richard M. Nixon y N. N., desempleado negro que habita Harlem, pueden perfectamente aparecer como una unidad, en términos de “la política” norteamericana una reducción tal sólo cabe en el reino de lo absurdo. Su explicación de la “corrección del diseño” y la “desadaptación” de las “ciudades nuevas” a su modelo abstracto-ideal de “ciudad semitrama”, como resultado de la incapacidad de los diseñadores para “pensar” y manipular las estructuras complejas de tipo “semitrama” es simplemente idealista; es volver a poner cabeza abajo lo que hace tiempo Marx puso de pie: es volver a localizar la determinación de la existencia material de los hombres en el mundo de las ideas. ¿No será, estimado Alexander, que lo que usted denomina “ciudades-árbol”, mal diseñadas e inhumanas, están determinadas por la lógica de la racionalidad capitalista y por una utilización, mucho más consecuente con los intereses del capital, de las matemáticas y los computadores?

Una anécdota reciente de la vida de Alexander nos muestra las “condiciones de posibilidad” de su ideología del diseño. En un discurso ante un simposio de “científicos” de renombre mundial convocado por el Museo de Arte Moderno de Nueva York (enero de 1972) para discutir el proyecto de una “nueva universidad y una ciudad experimental”, espe-

⁷⁹ Alexander, Christopher: “La ciudad no es un árbol”, art. cit., pág. 21.

cie de anuncio de la “nueva sociedad norteamericana”, declaró que abandonaba sus diseños anteriores, la “arquitectura paramétrica”, la aplicación de la cibernética a la construcción, adoptaba el budismo y la doctrina Zen, abandonaba América y se iba a buscar a otra parte —desconocemos adónde—, condiciones más favorables para la construcción de la “morfología espacial adecuada a una vida comunitaria de un nuevo tipo”.⁸⁰

Las ideologías del diseño como aspectos particulares de la ideología burguesa

Todas las “teorías” del diseño antes analizadas, pese a aquello que las separa, se reencuentran irremediamente en aquellos dos aspectos que la ideología burguesa reconstruye y mistifica a partir de las determinaciones de la producción capitalista: la idea del *hombre abstracto* y aquella que Marx designa como *fetichismo de la mercancía*.⁸¹

El modo de producción capitalista implica la universalización de la relación de cambio de las mercancías (condición de la explotación del trabajo en su forma específicamente burguesa), permitiendo de tal suerte que se transformen en otros tantos eslabones del proceso social del trabajo los diversos trabajos privados, al tornar posible de manera general un equiparamiento de los diferentes trabajos concretos, sobre la base de que todos ellos son formas peculiares que reviste el trabajo abstracto (el cual adquiere una importancia decisiva). En este universo donde el cambio es la relación dominante, el trabajo concreto se subordina al trabajo abstracto, de la misma forma que el valor de uso al valor de cambio. Más aún, esta subordinación implica inclusive un *ocultamiento* del término subordinado por parte del que subordina. Marx así lo señala en una frase que tiene la con-

⁸⁰ Lefebvre, Henri: *Espace et politique*, ob. cit. (uno de los capítulos presenta el informe de las sesiones del simposio, “*Les institutions de la société post-industrielle*”).

⁸¹ Marx, Karl: *El Capital*, ob. cit., tomo I, sección primera.

creación de un teorema: "el trabajo del sastre *desaparece* en la levita".

De tal suerte que las formas ideológicas más coherentes con esta realidad del capitalismo la constituyen aquellas que suponen o explicitan la existencia de un hombre universal, genérico, expresión en el plano del concepto de la preeminencia del trabajo humano abstracto y de ocultamiento que el cambio impone a las condiciones materiales específicas de cada trabajo concreto.

Al dominio de estas abstracciones no tiene acceso la problemática de las clases sociales en conflicto y sí, en cambio, tienen vía regia las ideas de igualdad y de fraternidad de todos los hombres.

La otra idea es, decíamos, la del fetichismo de la mercancía, que consiste, en términos extremadamente esquemáticos, en la idea que se hacen los productores de mercancías de que las relaciones sociales establecidas entre sus particulares trabajos privados son relaciones materiales entre los productores y relaciones sociales entre las cosas. Vale decir que merced al hecho de que el cambio de *productos* es el mecanismo que permite ligar en un sistema los trabajos privados, a sus agentes se les evidencia en el acto de cambio, el carácter social de su producción, pero no como carácter social de la misma, sino como virtud intrínseca, propiedad "natural" de las mercancías. Se les antoja entonces que sus productos pueden ser intercambiados gracias a alguna misteriosa cualidad propia de ellos mismos y no simplemente porque son productos del trabajo humano.

Wright, Le Corbusier, Gropius, Alexander y muchos otros retoman esta idea con alguna elaboración adicional, al suponer que el "caos urbano" es resultado del maquinismo (sistema de objetos y no de las relaciones sociales de producción que toman cuerpo en él). Por tanto su programa de búsqueda de la "felicidad humana" está orientado, por diferentes caminos, a encontrar una "teoría" y una práctica que transformen las relaciones entre las "cosas" a escala de la ciudad, haciendo abstracción de las relaciones de producción y de las prácticas de clase en las cuales ellas se insertan. Se encuentran así en el terreno de la justificación "social" de su propia

práctica empírica y en su fallido esfuerzo por dar validez "científica" y "virtualidades históricas" a su ceguera teórica.

El carácter puramente subjetivo, ahistórico y acientífico de su crítica a la ciudad y la sociedad capitalista, así como de la práctica arquitectónica y urbanística anterior, les impide traspasar, revelar el "fetichismo de la ciudad", permaneciendo prisioneros de la ideología burguesa. Sus "modelos", surgidos de esta relación ideológica contradictoria, se hacen *utópicos*, irrealizables e irrealizados. De todo su esfuerzo de elaboración individual sólo quedan como documentos los "bellos edificios" construidos por ellos o por sus seguidores, símbolos magníficos de la empresa privada, del capital, de la propiedad del suelo y de la sociedad capitalista a la cual creyeron, si no combatir, al menos criticar y mejorar.

Esta comprobación no deja de tener importancia; es una prueba empírica más de nuestra tesis de que la práctica del diseño está, en la sociedad capitalista, objetivamente y por encima de la conciencia de los individuos, al servicio del capital. Además nos explica por qué en nuestras escuelas de arquitectura y urbanismo basta escamotear, ocultar —como efectivamente se hace— las llamadas teorías del funcionalismo, el organicismo o la nueva corriente de la "síntesis paramétrica", cuyo contenido ideológico es quizá demasiado evidente y vulnerable a la crítica para que sus excrecencias metodológicas, formales y operativas puedan ser integradas sin dificultad a la formación de los alumnos-arquitectos y a su posterior práctica social en el seno de nuestras sociedades capitalistas dependientes neocoloniales y servir convenientemente a los intereses de las clases dominantes en ella y a su Estado.

Postfacio

*¿Prefigurar el diseño del futuro?
¿Crítico el diseño del presente?*

Una alternativa queda abierta a los alumnos-diseñadores, los profesores e investigadores universitarios y los diseñadores que, por una razón u otra, tomen conciencia del carácter real de su práctica y de los intereses a los que ella sirve: ¿prefigurar el diseño del futuro o criticar el diseño del presente?

La primera posibilidad remite inevitablemente al campo de la utopía, de una utopía estéril y evasiva. No existen casas, edificios o ciudades "revolucionarias" en el seno de una sociedad capitalista; y las condiciones de existencia o de desaparición de estas formas-objetos en la sociedad construida en el proceso revolucionario serán el resultado de la relación dialéctica entre las condiciones preexistentes y el proceso revolucionario mismo —cuyas condiciones de realización están muy lejos de ser el objeto de este pequeño ensayo—, y no el producto del pensamiento de los diseñadores.

Si el esquema de análisis que hemos elaborado es correcto, la tarea inmediata de los diseñadores es la *crítica* del contenido ideológico burgués de las "teorías" del diseño, del carácter objetivo de clase que les es propia, del carácter de su práctica social, de la inserción concreta de sus obras en las diversas estructuras de la formación social, de la función de la escuela en la sociedad burguesa y del contenido real de

la docencia en ellas impartida. Es en ese marco y sólo en él que tiene validez el estudio de las experiencias de diseño realizadas en los países que de una u otra forma han llevado a cabo un proceso revolucionario.⁸² La labor siempre debe realizarse en forma crítica, a la luz del materialismo histórico y dialéctico, entendiendo las experiencias de diseño *como experiencias concretas y no como modelos universales*.

Para el individuo, despojado de la condición de diseñador que le asigna la particular división social del trabajo en el capitalismo, la alternativa no existe: *su práctica debe ser una práctica política revolucionaria*. Ella es la única capaz de resolver la contradicción existente entre la conciencia política revolucionaria de un técnico cualquiera y el carácter objetivo de su práctica social específica que lo convierte en un instrumento del capital.

⁸² Véanse, entre otros, Meyer, Hannes, ob. cit., Lissitzky, Al, 1929.

La reconstrucción de la arquitectura en la U.R.S.S., Gustavo Gili, Barcelona, 1970; Segre, Roberto: *Cuba; arquitectura de la revolución*, Gustavo Gili, Barcelona, 1970; Ceccarelli, P. (compilador): *La construcción de la ciudad soviética*, Gustavo Gili, Barcelona, 1972; Dato, Hoffman y Staine, art. cit.; los trabajos del profesor Dato sobre la planificación territorial en China, aparecidos en las revistas italianas *Controspazio e Ideología*, y *Varios*, "Constructivismo", Comunicación, Madrid, 1972.

Ediciones Siap - Sociedad Interamericana de Planificación

Títulos publicados

- La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos. Richard Morse
- La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano. Oscar Yujnovsky
- Países y ciudades. Comparación de estrategias para el crecimiento urbano. Lloyd Rodwin
- El desarrollo regional en América Latina. Experiencias y perspectivas. Walter Stöhr
- Políticas de desarrollo urbano y regional en América Latina. J. E. Hardoy-G. Geisse (Compiladores)
- Urbanización y recursos humanos. El caso de San Pablo. Coordinado por Paul Singer
- Planificación regional y desarrollo nacional en Africa. Akin L. Mabogunje (Compilador)
- Reforma agraria y dominación social en América Latina. Antonio García
- Urbanización y dependencia en América Latina. Martha Schteingart (Compilador)

Títulos en preparación

- Estructura urbana y estructura de clases en América Latina. Manuel Castells (Compilador)
- Política social. Martín Rein
- Modelos matemáticos de la estructura espacial urbana. Aplicaciones en América Latina. Marcial Echenique (Compilador)

Colección SIAP Planteos

Segregación residencial y desmovili- Alfredo Rodríguez
zación política. El caso de Lima.

Pan, techo y poder.
El movimiento poblacional en Chile
(1970-1973).

Desigualdades regionales y concen- Alejandro Rofman
tración económica en Argentina.

ESTE LIBRO
SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL DIA 26 DE NOVIEMBRE
DE 1973 EN
MACAGNO, LANDA Y CIA. S. R. L.,
ARAOZ 164, BUENOS AIRES

Muchos de quienes cumplen el rol de arquitectos o actúan en el campo del diseño han buscado dilucidar la naturaleza de su práctica específica y las implicancias para la sociedad donde se lleva a cabo. Las respuestas fueron divergentes y en algunos casos excluyentes. El autor de este ensayo emprendió en ese sentido una tarea sistemática, tomando como base la descripción de la estructura de un país capitalista dependiente (Colombia).

Recurre a la teoría del materialismo histórico, herramienta que juzga apta también para penetrar críticamente en la ideología del diseño y la inserción social de éste último, revelando las antinomias o falacias de organicistas y funcionalistas tan destacados como Frank L. Wroght y Le Corbusier, innovadores como Christopher Alexander, cuyas teorías compartirían un olvido de las verdaderas reglas del ordenamiento social capitalista.

Sus conclusiones confirman teóricamente lo que gran parte de los profesionales latinoamericanos experimenta en forma cotidiana y opresiva, a saber, la férrea determinación del sentido de su actividad por el lugar que les asigna la estructura social.